

EL CAMINO ESPAÑOL LA HUELLA DE LOS TERCIOS EN EUROPA



Patrocina:



Organiza:



EL CAMINO ESPAÑOL
LA HUELLA DE LOS TERCIOS EN EUROPA

PUBLICACIÓN

Coordinador

Germán Segura García

Autores de textos

Germán Segura García

José Palau Cuñat

Fernando Martínez Laínez

María del Carmen Vidaller Salillas

Depósito legal: M-10653-2014

Imprime

Centro Geográfico del Ejército

Imagen de Portada: Detalle de *El Camino Español*, Augusto Ferrer-Dalmau (2014).

EXPOSICIÓN

Coordinador

Germán Segura García

Organizadores

Asociación Retógenes Amigos de la Historia Militar

Asociación de Amigos del Camino Español de los Tercios

Patrocinadores

Ejército de Tierra

EL CAMINO ESPAÑOL
LA HUELLA DE LOS TERCIOS EN EUROPA

Germán Segura García

José Palau Cuñat

Fernando Martínez Laínez

María del Carmen Vidaller Salillas

PRESENTACIÓN

El Camino Español fue una de las hazañas logísticas más asombrosas llevadas a cabo por un ejército en cualquier periodo de la historia. Disponer de un corredor que unía el Mediterráneo con los Países Bajos a través de los territorios de los actuales países de Italia, Suiza, Francia, Alemania, Luxemburgo o Bélgica, para que los Tercios de la monarquía española pudieran transitar los más de 1.000 kilómetros que enlazaban Milán con Namur, sin existir una red viaria moderna ni más medio de locomoción que las propias piernas, no deja de parecernos hoy en día una proeza, sobre todo al constatar que a lo largo de ese “pasillo logístico” todas las necesidades de un ejército estaban previstas y cubiertas, desde los alojamientos de las tropas hasta el último punto de aprovisionamiento, y que también los habitantes de esos lugares salían beneficiados.

Mucho se ha escrito sobre el Camino Español y sobre nuestros Tercios, no siempre con justicia ni enmarcándolos convenientemente en su contexto histórico. Por ello, el Ejército de Tierra, siempre atento a la difusión de la Historia Militar de los ejércitos de España, da la bienvenida a la exposición “El Camino Español: La huella de los Tercios en Europa”, que tratará de acercar al público, no sólo en España sino también en otros países, el recuerdo de aquellos imponentes Tercios que marcaron un antes y un después en la historia militar universal.

La iniciativa de esta exposición itinerante corresponde a las asociaciones culturales “Amigos del Camino Español de los Tercios” y “Retógenes, amigos de la Historia Militar”, las cuales han querido enmarcar esta actividad bajo el patrocinio del Ejército de Tierra, y éste les ha proporcionado el apoyo que necesitaban para llevarlo a buen puerto. También debo resaltar la colaboración de la Editorial Galland Books y del pintor Augusto Ferrer-Dalmau, cuya obra pictórica dedicada a la milicia va creciendo cada día y que se ha sumado a la muestra con un lienzo de gran formato que rememora precisamente el Camino Español. A todos ellos se debe el mérito de la empresa.

Conscientes de que la imagen del Camino Español no deja de ser también la imagen de una parte de las glorias de nuestra Patria y que dicho Camino, no sólo existe desde el punto de vista geográfico y paisajístico, sino que también constituye un vínculo inmaterial que nos une a países hoy hermanados en Europa y que conviene rememorar, no podemos más que alegrarnos por esta entrañable iniciativa a la que deseamos el mayor de los éxitos pues, sin duda, lo merece.

Jaime Domínguez Buj
Jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra



«¡Oh patria!, ¡cuántos hechos, cuántos nombres,
cuántos sucesos y victorias grandes,
cuántos ilustres y temidos hombres
de mar y tierra, en Indias, Francia y Flandes...
No es falta de escritores, patria mía...
Pues que tienes quien haga, y quien te obliga,
¿por qué te falta, España, quien lo diga?»

Félix Lope de Vega, *La Dragontea*, 1598,
Canto IV, vv. 257-258.

REMEMORANDO EL CAMINO DE LOS ESPAÑOLES

Germán Segura García
Capitán de Artillería y Doctor en Historia
Coordinador de la Exposición

El tiempo, en su dimensión histórica, resulta más cruel para aquellos pueblos que se muestran incapaces de traer al presente la memoria contextualizada de sus antepasados. Sea por dejación o por un infundado complejo de superioridad, las nuevas generaciones tienden a olvidar su historia o no la cultivan con cierto grado de madurez intelectual, utilizándola sólo, desvirtuada y atomizada, como arma arrojada para oscuros fines muy distintos al mero conocimiento de la realidad histórica y la extracción de sus enseñanzas. El desinterés, o lo que es peor, la manipulación indiscriminada del pasado son síntomas de una enfermedad que aqueja a los pueblos que tratan tan injustamente su historia, olvidando el cúmulo de experiencias vitales que sus padres les legaron. Y lo más lamentable de todo es que si un pueblo no escribe su historia, otros vendrán que la rescribirán con mayor o menor acierto. Algo de esto ha pasado con los españoles.

Cuenta Gracián (*El Criticón*, 1653) que la ninfa Historia se encargaba de repartir plumas a los pueblos para que cada uno de ellos pudiera escribir sus hechos y se extrañaba que la nación española aún no hubiera solicitado la suya. Respondía desdeñosa nuestra nación «*que los españoles más atendían a manejar la espada que la pluma, a obrar las hazañas que a placearlas, y que aquello de tanto cacarearlas más parecía de gallinas*». Así nos ha ido.

Nuestra historia es apasionante y a la vez un tanto decepcionante. Apasionante al constatar generación tras generación el espíritu indómito de nuestro pueblo, su naturaleza mestiza y vocación universal, alma quijotesca enclaustrada en cuerpo enjuto y noble corazón abocado a imposibles. Decepcionante, por otro lado, al ver tan buenas cualidades malogradas en feroces pugnas domésticas que han sacado a relucir lo peor de nosotros y ensombrecen nuestra imagen en el mundo. Este comportamiento suicida, esa eterna sensación de vivir en decadencia, podría explicarse en parte por el retrainamiento español

después de la reducción drástica de sus dominios territoriales o por el desbarajuste sociopolítico que una deficiente vertebración del Estado ha hecho crónico. Triste sombra de una España de altas miras a la que otrora no le bastaba el orbe, como rezaba el lema de una medalla acuñada en tiempos de Felipe II.

Los siglos XVI y XVII constituyen, sin duda, el momento más fascinante de la Historia Moderna de España. La Leyenda Negra, superada por la historiografía extranjera, tan sólo pervive en ciertos ámbitos de la sociedad española, ya sea por inexplicable desconocimiento o por calculada mala intención. Como señaló un indignado Henry Kamen, profesor invitado en El Escorial, «*los únicos en todo el mundo que se creen ya la Leyenda Negra a pies juntillas son ustedes, los universitarios españoles*». La ignorancia en nuestro país fue siempre audaz y me temo que la realidad deformada sigue teniendo más crédito que la plausible verdad. El hecho es que nosotros mismos nos sorprendemos al tantear el alcance de aquella monarquía de los Austrias españoles, de aquel vasto imperio transitado una y otra vez con los rudimentarios medios de la época, de aquella admirable explosión cultural que fue el Siglo de Oro por el que ahora pasan de puntillas, de forma anecdótica, sus legítimos herederos. Muchos olvidan que esta epopeya fue obra del pueblo español, de la suma de innumerables esfuerzos individuales, de personas de carne y hueso que vivieron su vida como nosotros la nuestra.

Hijos de España, monarquía precozmente consolidada con la reunión de todas sus tierras bajo el mismo cetro, aunque sólo con Felipe II se lograría la unidad peninsular. Unos españoles que surgían vigorosos de la Edad Media, tiempo en el que «*habían estado ocupados en sacar huéspedes de su casa que vinieron de allende a echarlos de ella*» según Gracián, y que dirigían sus miras a nuevas empresas: la América recién descubierta, el norte de África y las posesiones en Italia. La visión política de Fernando el Católico, su rivalidad con el monarca francés, le impulsó a buscar también alianzas matrimoniales fuera de la península, acabando el trono hispano en manos de la Casa de Habsburgo y la monarquía incrementada territorialmente de forma exponencial: Castilla, León, Aragón, Navarra, Nápoles, Lombardía, Borgoña, las Indias, el Sacro Imperio... Maravillaba ver tantos territorios, tantas naciones, tan distintos caracteres y climas regidos por un mismo monarca, señor de cada lugar por separado, cada cual con sus propias leyes, en esa estructura política que la historiografía ha denominado acertadamente *Monarquía Compuesta*. Pero no nos despistemos: si se llamaba españoles a los originarios de la península ibérica y española fue llamada la monarquía, español acabó siendo lo que se hizo en su nombre, aunque fuera realizado por otros súbditos, ya fueran italianos, alemanes, borgoñones o flamencos.

Tal monarquía, poder hegemónico mundial, aspiraba a la unión de todos los cristianos en el Imperio, esa ciudad terrenal perdida tras la caída de Roma y cuyo recuerdo planeó desde entonces sobre la Europa medieval. Inútil ficción, pues los reyes cristianos eran reyes o cristianos según les convenía, y no reconocían más ente superior que el mismísimo Dios. La guerra era inevitable y más aún a partir de la reforma protestante, una desviación moral incomprensible para la mente española de la época y que fue eficientemente canalizada por los enemigos políticos del emperador. De esta forma, los españoles, que habían visto a su soberano convertirse en señor de medio mundo, se convirtieron en el baluarte de su poder, nutriendo las filas del principal instrumento de disuasión y fuerza de la monarquía, los Tercios.



El soldado español, nacido en el terruño peninsular y reclutado voluntariamente al son de tambores, ingresaba en la temible infantería para convertirse en piquero, arcabucero o mosquetero, una de las tres especialidades del afamado Tercio, constituyendo el núcleo duro de los ejércitos de la monarquía. Unas tropas profesionales, permanentes y de carácter expedicionario, conducidas a los puertos de embarque con rumbo a la aventura. Con suerte a Italia, país agradable, meridional, pero también trinchera geográfica contra el turco y sus aliados, siempre activos en las costas del Mediterráneo occidental. Otras veces al norte, hacia la Alemania protestante o la siempre combativa Francia, poderosos rivales en constante pie de guerra.

La defensa del entramado territorial de la monarquía y la lucha contra sus enemigos exigió a los Tercios el desplazamiento a distintos escenarios muy variados y distantes entre sí. Hoy cuesta imaginar el reto logístico que supuso proyectar estas tropas a los lugares donde se requirió su concurso, el dinero que se precisó para poner una pica en Flandes y para mantenerla operativa durante tantos años de conflicto. A pie o embarcados, los Tercios surcaron el Mediterráneo y el Atlántico, atravesaron la muralla orográfica de los Alpes, transitaron hacia la opulenta Flandes por caminos cada vez más remotos y prestaron orgullosos el mayor servicio a su rey en una guerra imposible. Porque desde muy pronto, desde el mismo reinado de Felipe II, los síntomas de agotamiento de la monarquía se hicieron sensibles, tan desmesurados eran los proyectos, tan onerosas las empresas. Y aún así, asediado por todos y siempre al borde del desplome, el rey católico de España mantuvo sus leales dominios flamencos hasta principios del siglo XVIII.

Mucho ha llovido desde entonces, la historia de Europa ha seguido su curso con una España en papeles secundarios e incluso de artista invitado. Napoleón, los nacionalismos decimonónicos, las dos guerras mundiales... a estas alturas, ¿quién recuerda en Europa las aportaciones culturales de una España en su cénit político?, ¿quién se pregunta si esa *Monarquía Compuesta* donde se daban la mano borgoñones, valones, flamencos, alemanes, italianos y españoles no fue otra forma de hacer Europa?, ¿qué queda de todo ello?

Siempre nos quedará el arte y la literatura del Siglo de Oro, caudal inagotable de sabiduría para todo aquél que se halle con ánimos de abordar otras estéticas distintas a las actuales, para el que comprenda que las cuestiones existenciales siguen siendo las mismas. Y en cuanto a nuestros soldados, cuyas plumas lucieron más en los penachos que sobre el papel, el mero recuerdo de su presencia en otras tierras, con detalles anecdóticos como una cruz de borgoña tallada en la piedra, una lápida en una tumba o una devoción de reminiscencias hispanas en una iglesia belga, sería un primer paso para la comprensión de sus circunstancias. Ésta es la idea que ha inspirado este proyecto consagrado al Camino Español.

«Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje a Génova, fui desde allí a Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir a asentar mi plaza al Piamonte; y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba a Flandes. Mudé propósito, fuime con él, servíle en las jornadas que hizo...» (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 1605).





Rememorando a través de la historia y de la cultura la ruta de los Tercios, los caminos que utilizaron las tropas de la monarquía para llegar a Flandes, llegaremos a la conclusión de que el recuerdo de la presencia española en tierras de Francia o Bélgica aún es perceptible en el paisaje, lo que nos da la ocasión para reivindicar una ruta coherente de gran interés turístico y un tanto al margen de los circuitos europeos. Lombardía, Saboya, Franco Condado, Lorena, Luxemburgo, Namur o Brabante, territorios integrados en Estados modernos, frontera entre el mundo francés y el germánico, fueron un tiempo jalones del llamado Camino Español, encrucijada de culturas y espacio para todo tipo de intercambios. En este sentido, el Camino Español, eje vertebrador de la monarquía española en Europa, también forma parte de su historia, con sus claroscuros, una herencia cultural que ha perdurado a lo largo de los siglos y que merece ser puesta en valor convenientemente contextualizada. En cuanto a nosotros, españoles, al valor histórico-cultural se une también el sentimental, no en vano nuestros padres recorrieron la senda de Flandes llevando un poco de España en sus zurroneos, hijos del mediodía en tránsito hacia un brumoso septentrión donde cavar sus tumbas en nombre de una idea que por entonces no fructificó y que hoy, edificada con otros parámetros, se llama Europa.

«Estos son españoles. Ahora puedo hablar, encareciendo estos soldados, y sin temor; pues sufren a pie quedo con un semblante bien o mal pagados. Nunca la sombra vil vieron del miedo, y aunque soberbios son, son reportados. Todo lo sufren en cualquier asalto, solo no sufren que les hablen alto».

Pedro Calderón de la Barca, *El Sitio de Bredá*, 1626,
Jornada Primera, vv. 65-72.

LOS TERCIOS DEL CAMINO ESPAÑOL

José Palau Cuñat
Ingeniero Superior de Telecomunicación e Investigador
Especialista en Tercios de la Asociación Retógenes

La Real Academia Española en su Diccionario de Autoridades, tomo VI, publicado en 1739, define la palabra tercio como «*En la milicia es el trozo de gente de guerra, que corresponde a lo mismo que un Regimiento de infantería*». En su última edición (2014), lo define en la entrada número 13 de la palabra “tercio, cia” como «*Regimiento de infantería española de los siglos XVI y XVII*». Es decir, parece que todas las ediciones del Diccionario de la RAE están de acuerdo en definir Tercio como el equivalente de un moderno Regimiento de infantería. De hecho nuestros Tercios se transforman en Regimientos al mudar el trono de la Casa de Austria a la Casa de Borbón, en los comienzos de la Guerra de Sucesión española.

Podríamos intentar definir los Tercios como aquellas unidades que aglutinaban a las compañías de soldados de infantería reclutadas por los reyes de la Casa de Austria. Con estas unidades la monarquía hispánica defendió sus posesiones durante cerca de doscientos años, concretamente desde 1536 hasta 1704. Aunque algunos autores manejan fechas tan tempranas como 1531, la realidad es que la primera mención a los Tercios aparece en la Instrucción dada por el rey Carlos I de España, V emperador de Alemania, fechada en Génova el 15 de noviembre de 1536 y conocida popularmente como la *Ordenanza de Génova*:

«La infantería española del Tercio de Nápoles y Sicilia, que reside en el dicho nuestro ejército, está pagada hasta el fin del mes de septiembre próximo pasado de este presente año, y la del Tercio de Lombardía hasta mediados del mes de octubre de este dicho año, y los del Tercio de Málaga que quedaron en Niza, y la compañía de Jaén que sirve en dicho nuestro ejército, hasta los 25 del dicho mes de octubre».



Origen de la palabra Tercio

Los estudiosos del tema no se ponen de acuerdo sobre el origen de la palabra Tercio. Unos hablan de la *legio tertia* romana, otros aseguran que el nombre procede del hecho de tener tres mil hombres. El embajador veneciano Girolamo Ranucio (embajador en el reino de Nápoles en el año 1597) asegura que la palabra Tercio procede del hecho que eran tres los tercios estacionados permanentemente en Italia (Milán, Nápoles y Sicilia). Otros autores aseguran que procede de las tres categorías en que se dividían sus integrantes (piqueros, rodeleros y espingarderos o posteriormente piqueros, arcabuceros y mosqueteros). Veamos algunos ejemplos:

«Los tercios aunque fueron instituidos a imitación de tales legiones, en pocas cosas se pueden comparar con ellas, que en número es la mitad menos. Y aunque antiguamente eran tres mil soldados, por lo cual se llamaron Tercios y no legiones, ya se dicen así aunque no tengan más de mil hombres» (Sancho de Londoño †1569)

«Repartiéronse los peones, que así se llamaban en este tiempo y aún mucho después, en tres partes: el uno, tercio con lanzas como los alemanes las traían, que llamaron picas, y el otro tenía el nombre antiguo de escusados y el otro de ballesteros y espingarderos» (Gerónimo Zurita †1580)

«Se llamo así por ser la tertia legión romana la que quedó en España» (Justo Lipsio †1606)

«Consiste pues el orden de nuestras infanterías en algunos cuerpos de milicias, de dos o tres mil hombres, llamados Tercios, dividido cada uno de ellos, en 15 o 20 compañías de 200 infantes cada una, y gobernadas de otros tantos capitanes. Diferenciase el Tercio del Regimiento que antes se usaba, en que la elección del Sargento Mayor, y de los Capitanes, se hace por el [Capitán] General, como también los demás oficiales mayores; y en los Regimientos estaba a disposición de los Coroneles elegir para estos cargos a quien les pareciere» (Lelio Brancaccio †1637)

«Mudó el nombre de Regimiento en Tercio, por ocasión de haberse mandado armar la infantería por tercias partes; de suerte, que un Tercio se formaba de novecientos hombres, se armaban los trescientos de picas, los trescientos de arcabuces, y los restantes trescientos de mosquetes; y esta ha sido la razón fundamental para llamarse tercio» (Francisco Pozuelo Espinosa †1691)



El origen del Tercio hay que buscarlo en la necesidad de articular una unidad superior, capaz de integrar compañías de origen diverso y bajo un único mando. Estas agrupaciones tenían carácter temporal, para una campaña o para una operación determinada. Es en este mismo momento cuando nace la figura del maestre de campo, como capitán de capitanes, a semejanza del coronel principal de los Regimientos alemanes, que estaban compuestos por tres Coronelías.

Los Tercios fueron creados por el emperador Carlos V para operaciones ofensivas más que defensivas. Así, durante todo su reinado, los Tercios se convirtieron en una suerte de fuerza rápida de intervención que acudía allí donde se la necesitase, bien a combatir a los turcos, bien a enfrentarse con los franceses, o bien a sofocar la rebelión de los protestantes alemanes. Durante todas estas campañas militares, el emperador también reclutó infantes italianos y alemanes, los primeros organizados en Coronelías y los segundos en Regimientos. Sólo los españoles formaron en Tercios durante sus años de reinado.

Tipos de Tercios

Podemos distinguir cuatro tipos distintos de Tercios: los extraordinarios, los fijos de los reinos, los de “naciones” y los provinciales.

Los Tercios extraordinarios son aquellos que se reclutan para participar en una determinada guerra o campaña, y una vez finalizada ésta se licencian. Es cierto que podemos encontrar algunos casos, como el del Tercio del maestre de campo Don Lope de Figueroa que estuvo doce años sirviendo ininterrumpidamente, desde la rebelión de las Alpujarras (1571) hasta la expedición contra las islas Azores (1583), habiendo servido cuatro años en el ejército de Flandes (1577-1580); o los tercios de los maestros de campo Francisco de Bobadilla o Agustín Mejía; pero no era lo corriente.

No será hasta la llegada al trono de Felipe II cuando los herederos de alguno de los primeros Tercios de españoles se conviertan en guarniciones fijas de los distintos territorios de la monarquía española en Italia (Lombardía, Nápoles y Sicilia), convirtiéndose en los llamados Tercios fijos de los reinos. A partir de 1580, año de la unión de Portugal, el Tercio de guarnición en Lisboa se puede considerar incluido en esta categoría.

Los monarcas de la Casa de Austria ejercían su soberanía sobre numerosos y apartados territorios, lo que les permitía reclutar tropas entre súbditos de distintas regiones. Así pues, en el reinado de Felipe II no es raro encontrar Tercios de valones sirviendo en lo que hoy son las actuales Bélgica y Holanda, Tercios de italianos en Milán o en Nápoles, o de borgoñones en el Franco-Condado. Los Tercios estuvieron casi siempre formados por hombres de una misma “nación”. Es un hecho comprobado que una persona se encuentra más a gusto si está rodeada de compañeros que hablan su mismo idioma y practican unas costumbres parecidas. De ahí el nombre de Tercios “de naciones”, que en ningún caso pueden considerarse como mercenarios, aplicando conceptos contemporáneos, ya que sus integrantes eran vasallos del Rey.

Cuando Alejandro Farnesio sustituyó a Don Juan de Austria como Gobernador y Capitán General de los Estados de Flandes, se encargó de reclutar los primeros Tercios de italianos para llevarlos a

combatir a los Países Bajos, en la campaña de 1582. El primer Tercio italiano que hemos localizado en Italia pasó muestra en Milán en 1594 y estaba mandado por el maestre de campo Bernabé Barbó. Tendremos que esperar al reinado de Felipe III para que los Regimientos de valones y borgoñones se conviertan al pie de Tercios, y para que aparezcan los primeros Tercios de irlandeses. En la época de Felipe IV y Carlos II los Tercios de naciones están plenamente establecidos.

La infantería española nunca fue la más numerosa en los ejércitos de la Casa de Austria, aunque es cierto que sus reyes mostraron especial predilección por ella. Felipe II, por ejemplo, en una instrucción secreta fechada el 3 de octubre de 1573 escribía a Luis de Requesens en los siguientes términos: *«Y porque siendo, como son, los dichos españoles el nervio y lo principal de mis exercitos, y de quien más confianza y caudal hago, conviene que no se mezclen con ellos algunos de otras naciones»*.

Durante el siglo XVII la infantería del ejército de Flandes estuvo compuesta por Tercios de españoles, italianos, valones, irlandeses, borgoñones y Regimientos de alemanes bajos y altos. Los alemanes siempre estuvieron organizados en Regimientos y fueron reclutados en gran cantidad por Carlos V. Los llamados alemanes bajos procedían de los territorios flamencos de los Estados de Flandes, y los alemanes altos eran reclutados en los estados católicos del emperador de Alemania.

Pongamos un ejemplo sobre la composición de un ejército de los Austrias. Durante la campaña de 1642 en Flandes, el portugués Don Francisco de Melo derrotó a un ejército francés en las cercanías de la Abadía de Honnencourt el 26 de mayo. Esta victoria y la conseguida el 24 de noviembre del año 1644 en Tuttlingen, suelen pasar desapercibidas, eclipsadas por la victoria francesa de Rocroy el 19 de mayo de 1643, a pesar de que el tamaño y las bajas de los ejércitos derrotados en estas tres batallas son muy similares. La composición del ejército de Don Francisco incluía cinco Tercios de españoles, dos de italianos, uno de irlandeses, cuatro de valones y cinco Regimientos de alemanes altos. Es decir, había 5 Tercios de españoles, por 12 de naciones contando Tercios y Regimientos.

Durante el siglo XVI pocos fueron los Tercios que sirvieron en la península ibérica; alguno se levantó para combatir en la rebelión de los moriscos de las Alpujarras en 1567, además de los que se trajeron de Italia, y otros participaron en la anexión de Portugal en 1580. Curiosamente las primeras unidades de infantería española creadas en la península no fueron Tercios, sino Regimientos.

En 1632 las Cortes de Castilla aprobaron la organización de un ejército de operaciones de veinte mil infantes (encuadrados en 11 Regimientos) y mil caballos. En 1634 se crearon otros 5 Regimientos de nueva leva y los 6 primeros Tercios españoles en la península. La razón por la cual la infantería levantada lo fuera al pie de Regimiento responde a que fue pagada y mantenida por sus coroneles en sus tierras y no por el rey. Según fueron pasando a sueldo real, tomaron el pie de Tercio.

A partir de 1635, tras la declaración de guerra por parte francesa, se levantaron más Tercios en la península para las campañas de los años siguientes, con una existencia efímera. Pero algunos de ellos, formados a partir de las milicias, serían reclutados en algunas ciudades y llegarían a denominarse Tercios provinciales. Estos fueron los de *Toledo* (Azules viejos), *Madrid* (Colorados viejos), *Valladolid* y *Burgos* (Amarillos viejos), *Sevilla* (Morados viejos), y *Córdoba* y *Jaén* (Verdes viejos). A esta lista se añadirían los Tercios del Casco y de la Costa de Granada, el Tercio de Valencia, los de Aragón,





los de Navarra, el de la ciudad Barcelona y el de la diputación de Cataluña. Durante la segunda mitad del siglo XVII se fue generalizando la implantación de uniformes para la infantería, de modo que algunos de los Tercios provinciales citados anteriormente se les conocía popularmente por el color de sus casacas.

La última gran leva de Tercios provinciales se hizo en la época de Carlos II, quien decidió reclutar 10 Tercios en las siguientes ciudades: *Burgos* (Azul turquí), *Valladolid* (Verde esmeralda), *Cuenca* (Verde botella), *León* (Amarillo), *Murcia* (Azul celeste), *Sevilla* (Encarnado), *Gibraltar* (Color de fuego/Naranja), *Jaén* (Pelo de rata/Gris), *Toledo* (Morado) y *Segovia* (Plateado/Blanco). Nuevamente el color de la casaca sirvió para identificar a estos nuevos Tercios.

Durante los siglos XVI y XVII el uso de bandas de co-

lores como distintivo se generalizó entre los ejércitos europeos, blancas para el caso de los franceses, naranjas para los holandeses, amarillas y negras para los imperiales y coloradas para los españoles, como ya recogió el Emperador Carlos V en sus Ordenanzas para el ejército escritas sobre Metz en el año 1552.

El Reclutamiento

Cuando había que poner en pie un ejército, el primer paso era levantar los hombres que habían de constituirlo. El procedimiento era siempre el mismo: el rey elegía a los capitanes que debían formar las nuevas compañías. Los candidatos elegidos recibían una “patente” de capitán, una

“conducta”, una “instrucción” y una “orden”. La patente, firmada por el rey y refrendada por su secretario, era el documento oficial que acreditaba al capitán delante de las autoridades locales. La conducta es la provisión despachada por el Consejo de Guerra para que el capitán levante y conduzca gente. La instrucción detallaba el procedimiento para efectuar la leva, el distrito asignado y el número de reclutas. Y la orden contenía detalles como el destino de la tropa o el plazo autorizado para efectuar la leva.

Para formar su compañía el capitán se presentaba a la mayor autoridad del distrito que le hubieran asignado en su instrucción, enarbolaba la bandera en lugar bien visible y a ser posible en un edificio emblemático, y al redoble del tambor se publicaba el pregón acostumbrado. A continuación comenzaba el alistamiento. Éste no tenía límite de tiempo, ni determinación de lugares, uno podía alistarse pensando en las delicias de la ciudad de Nápoles y terminar sirviendo en el frío y las brumas de Flandes.

Una vez alcanzada la cifra de hombres solicitada, se pasaba revista a la totalidad de los efectivos. Los veedores verificaban la calidad de los reclutas, aceptándolos o rechazándolos. Los aceptados recibían una póliza que atestiguaba su pertenencia a la compañía y también un sueldo de los pagadores, en concepto de anticipo para poder completar su equipo. Conforme se iba terminando la recluta de las compañías en los distritos asignados, éstas se iban concentrando en las cabezas de los partidos, donde un comisario se hacía cargo de las mismas. De inmediato, se encaminaban hacia un puerto predeterminado, donde embarcarían camino de Italia o de Flandes.



Composición de un Tercio

La composición de los Tercios varió a lo largo de sus 168 años de vida, al igual que los empleos y sus responsabilidades. En líneas generales podemos decir que un Tercio tenía una plana mayor y un número variable de compañías de piqueros y arcabuceros/mosqueteros.

La plana mayor del Tercio estaba compuesta por el maestro de campo, su paje y ocho alabarderos, un auditor, el sargento mayor, el tambor mayor, el furriel mayor, el capitán barrachel, el capellán y el cirujano mayor.

El maestro de campo era el jefe superior del Tercio y su nombre servía para identificarlo, salvo en el caso de los Tercios fijos. Eran nombrados por el rey, que solía ser aconsejado por el Consejo de Guerra, aunque algunas veces los Capitanes Generales, si se producía una vacante en su jurisdicción, también podían nombrarlos, siempre que el rey los hubiera previamente habilitado para ello y tras la aprobación del Consejo. También era capitán de su propia compañía, por lo que recibía un segundo sueldo. Frecuentemente iban montados, pero cuando se entraba en combate normalmente se apeaban del caballo y se encuadraban en la primera fila de piqueros. Este cargo implicaba riesgo y, por tanto, las muertes de maestros de campo en combate eran corrientes. Buen ejemplo de esto son las batallas de Rocroy (19 de mayo de 1643) en Francia y Orbasan (4 de octubre de 1693) en Italia, con dos maestros de campo fallecidos en combate en cada una de ellas.

Un auditor letrado, era el encargado de ejercer la justicia ordinaria, de asesorar al maestro de campo, y de estar al corriente de las órdenes y los bandos militares y su aplicación.

El sargento mayor era el encargado de mantener la disciplina de los soldados y su buen orden al caminar, cuidaba la impedimenta, distribuía los hombres en los alojamientos. También se encargaba de formar la unidad en los diferentes tipos de escuadrones, para lo cual necesitaba conocimientos de aritmética. Debía conocer las diferentes banderas de su Tercio, conocer a sus capitanes, tomar el santo y seña y hacer las rondas nocturnas para mantener la seguridad de la unidad. La insignia de su cargo era un bastón de tres pies de largo, podía tener un ayudante o dos.

El tambor mayor era el encargado de difundir las ordenes con pífanos y tambores, era conveniente que supiera distinguir los toques de todas las naciones con las que peleaban. Su insignia era una jineta con una sola borla.

Un furriel mayor, debía saber escribir y contar, ya que era el encargado de recibir y repartir todas las municiones de víveres y el dinero de los socorros, además de ocuparse de repartir los lugares para el alojamiento del Tercio. Para esta tarea era auxiliado por el cuartel maestro.

Un capitán barrachel o de campaña, se ocupaba de mantener la disciplina y de procurar que el bagaje del Tercio marchase en el lugar que estuviere señalado. También se encargaba de controlar a los vivanderos.

El capellán atendía espiritualmente a los soldados.

El cirujano mayor, si lo había, solía ser un barbero con pretensiones.

Cada compañía tenía un capitán, un alférez, un sargento, uno o dos tambores, un pífano, veinticinco cabos de escuadra, un furriel, un capellán, un barbero y un número variable de soldados.

El capitán era el responsable del mando y administración de su compañía, manejando su caja de caudales. Según fuera capitán de una compañía de arcabuceros o de picas su armamento era un arcabuz y frascos de pólvora o un coselete, un yelmo, una rodela y una pica de 27 palmos (algo más de cinco metros). Las compañías de arcabuceros tenían una cierta preeminencia sobre las de piqueros, así que pasar a ser capitán de arcabuceros siendo capitán de piqueros se consideraba un ascenso. La preeminencia consistía en la ventaja que cobraba de más por ser la compañía de arcabuceros, mientras que en el caso de las compañías de picas las ventajas las cobraban los soldados armados con coseletes y no sus oficiales.

El alférez era el responsable de portar la bandera de la compañía en los combates y en las revistas, y también se ocupaba de sustituir al capitán cuando éste se hallaba ausente, herido o enfermo. Cuando no llevaba la bandera portaba como distintivo una media pica, artesana o corcesca.

El sargento era el encargado de velar por el mantenimiento de la disciplina y la ejecución de las órdenes en sus compañías. Su distintivo era una alabarda.

El cabo de escuadra era el encargado de mantener las armas en buen estado y de la formación de los reclutas. También se ocupaba de los enfermos, y era el responsable del puesto de guardia que se le asignara. Las escuadras solían estar compuestas por veinticinco hombres.

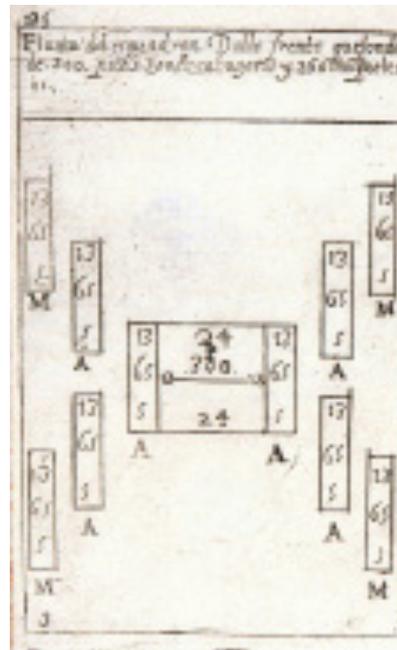
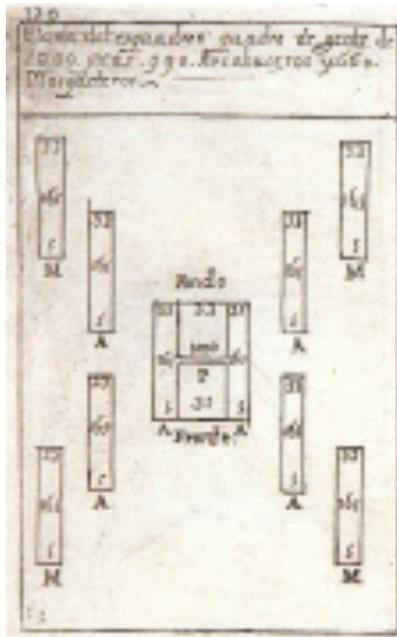
Los piqueros en el caso ideal iban provistos de lo que se denominaba “coselete cumplido”, que incluía capacete, peto, espaldar, escarcela o falzete, brazales, guarda-brazos y manoplas.

Los arcabuceros iban muchos más ligeros que los piqueros, llevando habitualmente un morrión, una gola de malla de acero y un colete o chaleco de cuero.

Los oficiales de los Tercios podían ser vivos o reformados. Un capitán “vivo” era aquel que estaba ejerciendo su cargo, es decir estaba en activo mandando una compañía, y cobraba su sueldo completo; un capitán reformado había perdido la suya al despedirse o reformarse, cobraba una porción de su antiguo sueldo, y en muchos casos continuaba sirviendo en otra compañía, en puestos inferiores a su categoría.

La figura del reformado es crucial en los ejércitos de la Casa de Austria, porque aseguraba que cuando las necesidades de la guerra lo requiriesen se podían reclutar nuevas unidades compuestas por soldados poco experimentados (bisoños), pero que contarían con oficiales experimentados, que serían capaces en poco tiempo de convertirlas en unidades aptas para entrar en combate con la máximas garantías.





Como formaban los Tercios

Durante una batalla campal los Tercios siempre formaban con tres partes diferenciadas: el Escuadrón formado por piqueros, la Guarnición formada por arcabuceros y las Mangas formadas por mosqueteros generalmente reforzados por parte de los arcabuceros.

La Guarnición, mucho menos vistosa que el Escuadrón, estaba compuesta por grupos de arcabuceros que se mantenían próximos al escuadrón para darle protección con su fuego y al que podían retirarse cuando el enemigo les obligaba. En algunos casos rodeaban al escuadrón por los cuatro lados. Con el paso de los años la práctica llevó a idear una primera defensa más lejana, capaz de dar tiempo al escuadrón para defenderse. Ésta estaba formada por las Mangas que constituían los traveses del escuadrón, por quien sus frentes y fondos son defendidos. Las Mangas solían estar formadas principalmente por mosqueteros.

Los libros que tratan acerca del “Arte de Escuadrónar” suelen contener un sinfín de formaciones de escuadrones con las más variadas figuras geométricas: rombos, triángulos, medias lunas, tenazas, cruces, tijeras, octógonos, etc. La verdad es que las formaciones básicas se reducían a cuatro, que se corresponden con dos figuras geométricas elementales: el cuadrado y el rectángulo.

Los cuatro tipos de escuadrones básicos se denominaban: Cuadro de Gente, Doblete, Gran Frente y Cuadro de Terreno.

Escuadrón Cuadro de Gente o “cuadrado” es aquel que tiene el mismo número de soldados de frente que de fondo. Se forma calculando la raíz cuadrada del número de soldados disponibles para saber el número de estos por lado.

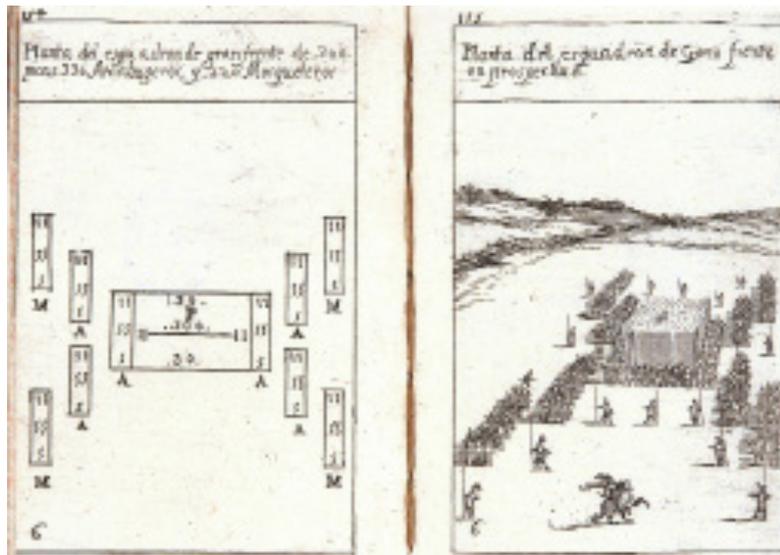
Escuadrón Doblete o “rectangular”, es el que tiene doble de frente que de fondo. Se formaba tras haber formado dos escuadrones cuadro de gente, dividiendo por dos la fuerza disponible y uniéndolos en forma de rectángulo que presentaba de frente la suma de dos de los cuadrados y de fondo el de uno de ellos.

Escuadrón de Gran Frente o “prolongado” se formaba tras haber formado tres escuadrones cuadro de gente, dividiendo por tres la fuerza disponible y uniéndolos en forma de rectángulo que presentaba de fondo el de uno de los cuadrados y de lado la suma de los tres reunidos.

Escuadrón Cuadro de Terreno o condenado por el terreno, es aquel en el que la dificultad del terreno obligaba a formar el escuadrón de forma imperfecta, bien por carecer de fondo o por estar encajonado en un lugar angosto.

También se podía formar el escuadrón para contener en el centro el bagaje de la unidad.

Los piqueros se dividían en dos tipos: picas secas y coseletes. Pica seca era el soldado armado únicamente con una pica y cubierto con un morrión. Formaban en el corazón del escuadrón y siempre a partir de la quinta fila. Los coseletes, aparte de su pica, iban armados con las piezas defensivas correspondientes (gola, peto, espaldar, escarcelas, brazaletes, manoplas y morrión).



Podían ser de dos tipos: blancos y grabados, la diferencia radicaba en que los primeros eran “de munición”, es decir aquellos que se hacían todos iguales a través de una contrata general y que una vez terminados se repartían entre los diferentes Tercios, mientras que los grabados pertenecían a soldados particulares y oficiales, siendo la mayor parte “armas fuertes”, es decir, a prueba de bala. Los coseletes solían formar en las cuatro primeras filas de vanguardia. Con el paso de los años las piezas defensivas de los coseletes se fueron reduciendo, pero la composición del escuadrón siguió siendo la misma: en el centro las banderas, con sus abanderados, pífanos y tambores; cubriendo a estas filas las picas secas y sobre ellas los coseletes. Los coseletes grabados también se hacían normalmente en Milán y se repartían entre los oficiales y se les cobraba según su calidad. Sólo los grandes señores y oficiales con mucho dinero podían encargar un equipo personalizado. La formación de picas no se atiene al tipo de coselete sino a la calidad del que lo portaba. Podía haber coseletes “blancos” en las primeras líneas si faltaban oficiales para llenarlas. Los mejores soldados ocupaban ese lugar.

Los arcabuceros con el paso del tiempo acabaron prescindiendo de cualquier pieza de armadura, con el objetivo de ganar movilidad, pero llevaban morrión. Era corriente llevar unos recipientes de madera con la carga exacta de pólvora que debía usarse de acuerdo a las pelotas (balas) disponibles colgados en una bandolera cruzada sobre el pecho. Su número solía ser de doce, por lo que comúnmente se conocía a la bandolera de las cargas de pólvora como los “doce apóstoles”. Los arcabuces y los mosquetes comenzaron teniendo llaves de mecha, para posteriormente incorporar las llaves de rueda. Los primeros modelos de mosquetes pesaban tanto que había que apoyarlos en un muro, por lo cual se utilizaban principalmente en los sitios de plazas. Al disminuir de peso se pudieron apoyar en horquillas y salir a campo abierto a disparar con ellos.

Las empuñaduras de las espadas comenzaron siendo de lazos, con un arriaz de brazos curvos, para pasar a tener guarniciones de conchas o con pequeñas cazoletas. Se solían colgar en un tahalí. Aparte de los morriones, también se utilizaron para proteger la cabeza los casquetes, las celadas abiertas, las borgoñotas y los capacetes.

Los Tercios en campaña

Reinado del emperador Carlos V

La conquista de Túnez por parte de Barbarroja en 1534, facilitó una inmejorable base de operaciones para lanzar ataques contra las costas mediterráneas de España e Italia, y obligó al emperador a emprender la campaña de Túnez en el año 1535, que terminará con la toma de la Goleta (14 de julio) y la conquista del propio Túnez (24 de julio).

En 1536 se reanudan las hostilidades con Francisco I de Francia. La campaña se abrió con la fracasada invasión de la Provenza por parte del emperador, que incluye los sitios de Marsella y de Arles. Esta primera parte de la guerra con Francia (1536-1538) finalizó con la tregua de Niza firmada el 18 de junio de 1538.

El 6 de agosto de 1539 los turcos conquistaron la fortaleza de Castelnuovo (actualmente Herzeg Novi) tras un costoso asedio en el que el maestre de campo Francisco de Sarmiento y las compañías de infantería española a su cargo se batieron como leones. Entre octubre y noviembre de 1541 se desarrolla la expedición contra Argel, que termina en fracaso.

En el verano de 1542 estalló de nuevo la guerra con Francia con la pérdida de Stenay (25 de julio) y el infructuoso sitio de Perpiñán por los franceses. En 1543 los franceses toman Landrecies, se apoderan de gran parte de Luxemburgo y, con la ayuda de Barbarroja, ocupan Niza (22 de agosto). La campaña de 1544 se desarrolla en Francia (batalla de Vitry y toma de Saint Dizier), en Italia (batallas de Cerisoles y de Serravalle) y Flandes (recuperación de la fortaleza de Luxemburgo). La paz de Crépy, firmada el 18 de septiembre de 1544 pone fin momentáneamente a las hostilidades con los franceses.

Las campañas de Alemania contra los protestantes en la llamada Guerra de la Liga de Smalkalda (1546-1547) se cerraron con el contundente éxito del emperador en la batalla de Mühlberg (24 de abril de 1547), que además nos dejó el inmortal retrato de Carlos V a caballo con lanza y armadura, obra de Tiziano.

La tercera guerra entre Carlos V y Francisco I (1552-1555), se abre con el ejército francés ocupando Luxemburgo. Entre sus hechos de armas más notables podemos incluir el fracasado sitio de Metz por los imperiales (del 19 de octubre de 1552 al 1 de enero de 1553), la pérdida y recuperación de la isla de Córcega (1553-1554), la batalla de Scannagallo o San Marciano (2 de agosto de 1554), el socorro de Renty (13 de agosto de 1554) y el sitio de Siena (que finaliza el 22 de abril de 1555 con la recuperación de la ciudad). La tregua de Vaucelles de 5 de febrero de 1556 puso fin a esta tercera guerra.

El infortunio de la jornada de Argel en 1541, supuso la pérdida de interés del emperador por el teatro bélico del norte de África, que a pesar de esto seguirá activo durante su reinado con claros (expedición contra el rey de Tremecén en 1542 y toma de Monastir y Mehedia en 1550) y oscuros (pérdida de Trípoli en 1551).

Reinado de Felipe II (1556-1598)

El reinado de Felipe II se abre con un nuevo conflicto con Francia, que esta vez se va a desarrollar en los territorios de Flandes, cuyas batallas más importantes son San Quintín (10 de agosto de 1557) y Gravelinas (13 de julio de 1558), hasta la paz de Cateau-Cambrésis (2 y 3 de abril de 1559).

Las guerras de religión en Francia (1562-1598) representarían una tregua en la espiral bélica que se había desarrollado entre los reyes de la Casa de Austria y los de la Casa de Valois. Pero en 1590, Felipe II decide apoyar al partido católico francés en su lucha con los protestantes hugonotes y manda a combatir a Francia al ejército de Flandes con el duque de Parma a la cabeza. En 1597 tendrá lugar el sitio de Amiens.

Las campañas contra los turcos llevadas a cabo durante este reinado incluyeron: la expedición y batalla de Mostagán (31 de agosto de 1558), el socorro de Malta (8 de septiembre de 1565), la batalla naval de Lepanto (7 de octubre de 1571) y el cerco y pérdida de la plaza de Túnez (del 11 de julio al 13 de septiembre de 1575).

La guerra de los Ochenta Años con Holanda (1566-1648), que terminó con la paz de Westfalia (que incluía el tratado de Osnabrück 15 de mayo y de Münster 24 de octubre de 1648), tuvo durante su primer periodo los siguientes hechos de armas: la batalla de Jemmingen (21 de julio de 1568), los sitios de Harlem (del 10 de diciembre de 1572 al 12 de julio de 1573) y Alkmarr (del 21 de agosto al 8 de octubre de 1573), la batalla de Mook (14 de abril de 1574), el sitio de Leyden (18 de marzo 1574), la batalla de Gembloux (31 de enero de





1578), el sitio de Amberes (que finaliza el 17 de agosto de 1585), las pérdidas de Zutphen, Deventer, Nijmegen y Groningen (entre 1591 y 1594), la batalla de Turnhout (30 de enero de 1597) y las pérdidas de Oldenzall, Lingen, Groenlo y Wachtendarck (entre 1597 y 1599).

El 7 de diciembre de 1585, durante el combate de la isla de Bommel, un soldado del Tercio del maestre de campo Francisco Arias de Bobadilla descubre, cavando una trinchera, una tabla flamenca con una imagen de la Inmaculada Concepción. Rodeados de agua y de enemigos, los soldados españoles se encomiendan a la Virgen. Al amanecer del día siguiente, las aguas que rodeaban el pico más alto de la isla, el monte de Empel, aparecen congeladas, pudiendo los españoles romper el cerco y atacar al enemigo, vencíéndolo. A resultas de este hecho la Inmaculada Concepción fue declarada patrona de los Tercios de Flandes.

Durante los años 1569 y 1570 se produce la revuelta de los moriscos españoles en las Alpujarras granadinas. Esta es la primera vez que se traen Tercios a combatir en España.

En 1580 se produjo la ocupación de Portugal por parte de Felipe II, trono reclamado por el monarca español como resultado de la muerte sin descendencia del rey Don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir (4 de agosto de 1578). Es la segunda vez que se trajeron Tercios a combatir en la península ibérica. Los hechos de armas más notables fueron la batalla de Alcántara (25 de agosto de 1580) contra las tropas del pretendiente Antonio, Prior de Crato, y la expedición a las islas Azores (1582 -1583).

Por último, en 1588 tuvo lugar la fracasada empresa contra Inglaterra, conocida como Gran Armada o Armada invencible.

Reinado de Felipe III (1598-1621)

El reinado de Felipe III se inició sin haber finalizado el conflicto con Inglaterra. Para abrir un nuevo frente contra los ingleses se desembarcaron tropas en Kinsale (8 de octubre de 1601) con la intención de ayudar a los rebeldes irlandeses. El tratado de Londres (también conocido como Conferencia de Somerset House), firmado el 28 de agosto de 1604 pondría fin a este conflicto que se remontaba a 1585.

En Flandes se continúa la guerra con la batalla de Nieuport o de las Dunas (2 de julio de 1600), el sitio y toma de Ostende (1601-1604), la pérdida del Fuerte de San Andrés (1600), de Grave (28 de septiembre de 1602) y La Esclusa (20 de septiembre de 1604) y la recuperación de las plazas de Lingen, Groenlo, Oldenzeell y Wachtendark en el Rin (1604-1606). En 1609 se firmó la llamada tregua de los doce años con los holandeses.

En Italia se desató la guerra de sucesión del Monferrato contra el duque de Saboya, cuyos principales hechos de armas fueron: la toma de las plazas de Trino, Alba y Montano y el socorro del sitio de Niza (1613), el sitio y toma de la ciudad de Oneglia (del 17 al 22 de noviembre de 1614), los sitios de Bestagno y Asti (finalizado este último el 20 de mayo de 1615), la rendición de San Germano (1616), la toma de Crevacuore y el sitio de Vercelli (del 24 de mayo al 26 de julio de 1617). Esta contienda finalizó con la firma de la paz de Pavía el 9 de octubre de 1618.

Al iniciarse la guerra de los Treinta Años, Tercios valones tomaron parte en la batalla de Montaña Blanca (8 de noviembre de 1620), primer combate de esta contienda. Mientras tanto, Ambrosio Spínola luchaba en el Palatinado, donde derrotó a los luteranos en la batalla de Oppenheim (14 de septiembre de 1620) y sometió todo el territorio.

Reinado de Felipe IV (1621-1665)

A mediados de este reinado (1640) se llegó a pelear en cinco frentes distintos a la vez: Holanda, Flandes, Milán, Cataluña y Portugal.

Nada más comenzar a reinar Felipe IV terminó la tregua de los doce años con los holandeses, se participó en la batalla de Fleurus (26 de agosto de 1622) y en el socorro de Génova (1625). Y en 1630 se emprendía una campaña en el ducado de Mantua, que incluyó el sitio de Casal de Monferrato.

Los principales hechos de armas, repartidos en sus distintos frentes, fueron:

En la guerra con Francia (1635-1659), que termina con la paz de los Pirineos (7 de noviembre de 1659), los principales hechos de armas fueron: la batalla de Avein (20 de mayo de 1635), la invasión del norte de Francia y la toma de Corbie (15 de agosto de 1636), el sitio de Leucata (29 de septiembre de 1637), el sitio y la batalla de Fuenterrabía (7 de septiembre de 1638), el sitio de Salses (del 19 de septiembre al 29 de diciembre de 1639), la batalla de la Abadía de Honnencourt (26 de mayo de 1642), el sitio de Perpiñán (del 21 de abril al 9 de septiembre de 1642), la batalla de Rocroy (19 de mayo de 1643), la batalla de Lens (20 de agosto de 1648), los sitios de Gravelines (del 11 de abril al 22 de mayo de 1652) y Dunquerque (del 9 de agosto al 16 de septiembre de 1652), el sitio y socorro



de Arras (24 de agosto de 1654), la batalla de Valenciennes (15 de julio de 1656) y la segunda batalla terrestre de las Dunas (14 de junio de 1658).

En Flandes continua la guerra de los Ochenta Años con la conquista de Breda por los españoles (5 de junio de 1625), el sitio de Hertegenbosch por los holandeses (del 29 de abril al 17 de septiembre de 1629), la toma del fuerte de Schenkenschans por los españoles (26 de julio de 1635), la recuperación de Breda por los holandeses (del 24 de julio al 10 de octubre de 1637), la batalla del dique de Kallo (28 de junio de 1638) y la batalla naval de las Dunas (21 de octubre de 1639)

En Alemania, el Cardenal Infante don Fernando derrota al ejército sueco en la batalla de Nordlingen (6 de septiembre de 1634).

En Italia tiene lugar la batalla de Tornavento (22 de junio de 1636), el sitio de Turín (del 10 de mayo al 24 de septiembre de 1640), el primer sitio de Casal (del 3 al 28 de abril de 1640) y segundo sitio de Casal (finalizado el 22 de octubre de 1652).

En la guerra de secesión de Portugal (1640-1665), también llamada de “aclamação”, terminó con la paz de Lisboa (1668), y tuvo como principales hechos de armas la batalla de Montijo (26 de mayo de 1644), la batalla de las líneas de Elvas (14 de enero de 1659), la batalla de Ameixal o de Estremos (8 de junio de 1663) y la batalla de Villaviciosa o Montes Claros (17 de junio de 1665).

Las principales acciones bélicas de la revuelta de Cataluña (1640-1652), también conocida como “guerra dels Segadors” son la batalla de Montjuich (26 de enero de 1641), la batalla de Lérida o de “Las Horcas” (7 de octubre de 1642), el sitio de Monzón (del 29 de octubre al 3 de diciembre de 1643), el sitio de Lérida por los españoles (hasta el 1 de agosto de 1644), la defensa de Lérida contra los franceses (del 12 de mayo al 22 de noviembre de 1646), la batalla de Santa Cecilia o socorro de Lérida (22 de noviembre de 1646), el segundo sitio de Lérida por los franceses (del 14 de mayo al 18 de junio de 1647) y el sitio de Barcelona (del 4 de agosto de 1651 al 13 de octubre de 1652).





Reinado de Carlos II

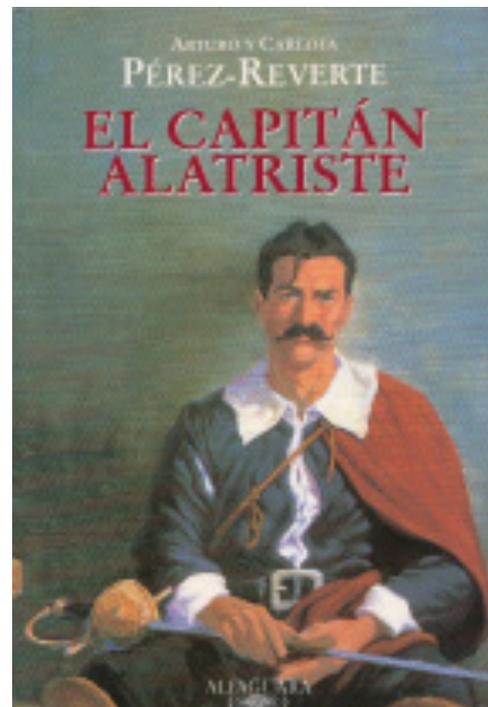
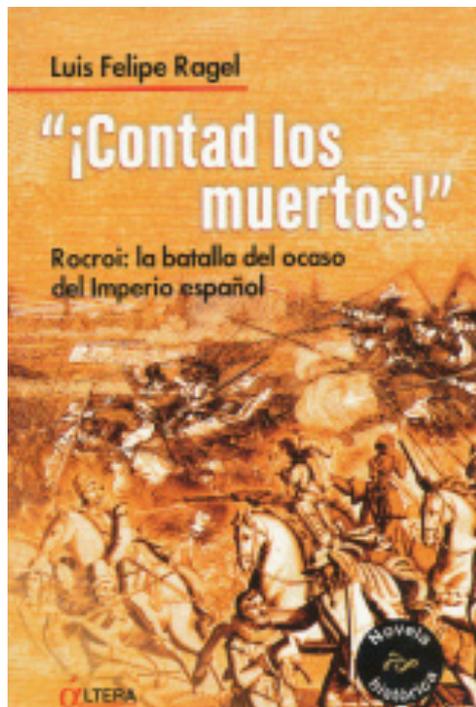
El último de los reyes de la Casa de Austria sostuvo cuatro guerras con la Francia de Luis XIV, el Rey Sol.

La guerra de Devolución (1667-1668), originada por la reclamación de la dote de la infanta María Teresa de Austria al casarse con Luis XIV, terminó con la paz de Aquisgrán (2 de mayo de 1668). Las acciones más importantes fueron el sitio de Lille en Flandes (del 8 de julio al 28 de agosto de 1667) y el de Dole en el Franco-Condado (del 12 al 14 de febrero de 1668).

La guerra de Holanda (1673-1678), originada al decidir Luis XIV invadir las Provincias Unidas de Holanda, terminó con la paz de Nimega (10 de agosto de 1678). Sus principales acciones bélicas fueron el sitio de Maastricht por los franceses (del 6 de junio al 1 de julio de 1673), la batalla de Seneff (11 de agosto de 1674), el sitio de Maastricht por los aliados (del 7 de julio al 29 de agosto de 1676), los sitios de Besançon (del 25 de abril al 14 de mayo de 1674) y Dole (del 27 de mayo al 6 de junio de 1674), la batalla de Mont-Cassel (11 de abril de 1677), la conquista de Saint Omer (22 de abril de 1677), la batalla del barranco de Espolla (4 de julio de 1677) y el sitio de Gante (10 de marzo de 1678).

La guerra de Luxemburgo (1683-1684) finalizó con la tregua de Ratisbona (15 de agosto de 1684), e incluye los sitios de Courtray (del 1 al 5 de noviembre de 1683) y Luxemburgo (del 29 de abril al 7 de junio de 1684).

La guerra de la Liga de Augsburgo o de los Nueve Años (1689-1697) finalizó con la paz de Rijswick (20 de septiembre de 1697). Se luchó en varios frentes. En Flandes: la batalla de Fleurus (1 de julio de 1690), el primer sitio de Namur (del 25 de mayo al 30 de junio de 1692), la batalla de Steinkerque (3 de agosto de 1692), la de Neerwinden (29 de julio de 1693), el segundo sitio de Namur (del 1 de julio al 16 de septiembre de 1695) y el sitio de Ath (del 15 de mayo al 5 de junio de 1697). En Italia: las batallas de Staffarda (18 de agosto de 1690) y La Marsaglia o de Orbassan (4 de octubre de 1693). En Cataluña, por último, la batalla del río Ter (27 de mayo de 1694) y los sitios de Palamós (del 29 de mayo al 10 de junio de 1694), Gerona (del 17 al 29 de junio de 1694) y de Barcelona (del 12 de junio al 10 de agosto de 1697).



Los Tercios y el Arte

Teatro

En lo que se refiere al teatro, la relación de los Tercios con los escenarios fue abundante durante el Siglo de Oro español, para luego decrecer paulatinamente con el paso de los años. A pesar de ello algunas obras, como *El Alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca se siguen representando hoy en día con asiduidad.

Entre nuestros autores clásicos, que en mayor o menor medida tocaron el tema de los Tercios en sus obras, podemos citar a: Lope de Vega en *La Santa Liga* (1598-1600) y en *El Asalto de Mástrique por el Príncipe de Parma* (1600-1606); Luis Vélez de Guevara en *El Águila del Agua y batalla naval de Lepanto* (¿1627-1632?) y en *El Cerco del Peñón de los Vélez* (1634); Pedro Calderón de la Barca en *Amar después de la muerte o el Tuzani de las Alpujarras* (1633) y la ya mencionada *El Alcalde de Zalamea* (1636), si bien hay otro *Alcalde de Zalamea* atribuido a Lope y escrito entre 1610-1620; Juan Bautista Diamante en *El Defensor del Peñón*; Agustín Moreto en *La Traición Vengada* (1681); José de Cañizares *Ponerse Hábito sin pruebas o el guapo Julián Romero* (1768). El propio maestro de campo Julián Romero protagoniza otra obra atribuida a Lope que narra tres episodios de su supuesta vida militar, desde su reclutamiento en un pueblo de Cuenca, hasta el levantamiento del cerco de Douay, pasando por Londres, donde salva la vida a Felipe II.

Nos detendremos en *El sitio de Bredá* de Pedro Calderón de la Barca. Esta obra se representó por primera vez en Madrid en el año 1626. A lo largo de toda la obra se citan o aparecen en escena buena parte de los oficiales presentes en el sitio, lo cual induce a pensar que Calderón disponía de información de primera mano sobre el sitio y sus participantes. Podemos suponer que Velázquez viese esta obra en alguna corrala de Madrid, y que su escena final (la entrega de las llaves de la ciudad por parte de Justino de Nassau a Ambrosio Spínola) le inspirara la composición del encargo que el Conde-Duque de Olivares le hizo para el Salón de Reinos del nuevo Palacio del Buen Retiro. El resultado fue una de sus más inmortales obras el cuadro de *Las Lanzas* o *La rendición de Breda*, pintado en 1636.

Otro ejemplo más reciente en el tiempo es la obra de Eduardo Marquina *En Flandes se ha puesto el Sol*, estrenada en el Teatro de la Princesa de Madrid el 18 de diciembre de 1910. La crítica del estreno fue buena y su argumento era el siguiente: Diego Acuña de Carvajal, capitán de los Tercios en Flandes se casa con Magdalena Godart, hija del pintor flamenco Juan Pablo Godart, enemigo declarado de la monarquía española, con la que tiene un hijo llamado Albertino. Godart es denunciado como instigador de la rebelión, y al ir a prenderlo, Diego carga con sus culpas, rompe su espada, se entrega a la justicia y ante los lamentos de su esposa pronuncia la famosa frase «*España y yo somos así, señora*».

Novelas

El periodista y escritor Arturo Pérez Reverte ha publicado hasta la fecha siete títulos dedicados a su personaje Alatríste, a saber: *El Capitán Alatríste*, *Limpieza de Sangre*, *El Sol de Breda*, *El Oro del Rey*, *El caballero del Jubón amarillo*, *Los Corsarios de Levante* y *El Puente de los asesinos*. La intención original de Arturo Pérez Reverte era escribir siete novelas sobre el Capitán Alatríste, la sexta se iba a llamar *La venganza de Alquezar* y la séptima *Misión en París*, pero la adaptación cinematográfica de las cinco primeras, le hizo reconsiderar su postura, y posponer la novela final, que sería la que corresponde con el final de la película (la muerte de Alatríste combatiendo en la batalla de Rocroy), intercalando hasta el momento las dos últimas publicadas *Los Corsarios de Levante* que narra las aventuras del capitán en las galeras de Nápoles, y *El Puente de los Asesinos* donde Alatríste se verá implicado en un golpe de mano para eliminar al Dux de Venecia.

Otras novelas sobre los Tercios son *El Castellano de Flandes* (Martínez Roca, 2007), de Enrique Martínez Ruiz, que narra las aventuras del Maestre de Campo y castellano de Amberes Sancho Dávila; *El sombrero de Rocroy* (Calamo, 2001) y *¡Contad los muertos!* (Altera, 2005), de Luis Felipe Ragel Sánchez, ambas dedicadas a las venturas y desventuras de Don Francisco de Melo, gobernador y Capitán General en los Países bajos entre los años 1641 y 1644; y *¡Hoy no se pondrá el sol! Las campañas del Duque de Alba en los Países Bajos* (Akrón, 2007), de Rafael Rico Cabeza, quien narra las aventuras de Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III Duque de Alba, en Flandes, después de haber sido el primero que llevó tropas a los Países Bajos utilizando el camino español.

Literatos famosos que sirvieron en los Tercios

Finalizaremos este recorrido por la historia y hechos de los Tercios mencionando a los más famosos literatos españoles que compaginaron la pluma con la espada. La mayoría de ellos sirvieron como simples soldados, pero uno de ellos, el poeta Garcilaso de la Vega, llegó a ser maestre de campo y murió a consecuencias de una herida recibida en el asedio de Muy, durante la campaña de Carlos V en la Provenza (1536). Francisco de Aldana, que murió acompañando al rey Don Sebastián de Portugal en la batalla de Alcazarquivir en 1578, Gutiérrez de Cetina, Andrés Rey de Artieta o Cristóbal Virués completan la nomina de soldados poetas del siglo XVI.

Con la llegada del nuevo siglo aparecen nuevos poetas militares: Luis Carrillo Sotomayor, cuatralbo de galeras; el capitán Andrés Fernández de Andrada; Lope de Vega, que participó en la campaña de conquista de las islas Azores; Don Miguel de Cervantes Saavedra, que fue soldado del Tercio de infantería del maestre de campo Miguel de Moncada, con el cual participó en la victoria naval de Lepanto; y, por último, Pedro Calderón de la Barca, soldado que tomó parte en el sitio de Fuenterrabía y la guerra de Cataluña, siendo licenciado tras ser herido en el sitio de Lérida (1642).

Cine

La aparición de los Tercios en el séptimo arte ha sido más bien discreta, ya que el cine apenas se ha ocupado de ellos. Podríamos citar las siguientes:

La Kermese Heroica. Película francesa del director Jacques Feyder, realizada en 1935, en blanco y negro, con una duración de 115 minutos. Consiguió el premio al mejor director en el festival de Venecia de 1936. En la pequeña villa de Boom, en Flandes, se están ultimando los preparativos para la celebración de una boda entre la hija del burgomaestre y un carnicero, pero la noticia de la inminente llegada de las tropas españolas, con la intención de pasar allí la noche, interrumpe la celebración y provoca el pánico entre todos los hombres. El burgomaestre finge estar muerto, otros se esconden, los que pueden huyen. Las mujeres, en cambio, deciden enfrentarse al problema de la mejor y más original forma posible: preparando una magnífica y gran fiesta de bienvenida a los temibles soldados españoles.

Cyrano de Bergerac. En la versión del director Jean-Paul Rappeneau (estrenada 1990) contó con el actor Gerard Depardieu en el papel de Cyrano. Con un metraje de 135 minutos, consiguió en 1991 nueve Césares (equivalente francés a nuestros premios Goyas), y un Óscar de Hollywood al mejor vestuario. La versión de 1950 del director americano Michael Gordon, con José Ferrer en el papel de Cyrano, probablemente sea la mejor película hecha sobre la obra de teatro de Edmond Rostand, pero la adaptación francesa de 1990 tiene unas cuidadísimas imágenes con un ejército español en orden de batalla, los Tercios formados en escuadrones, con sus alféreces ondeando sus banderas y los caballos ligeros caracoleando.

Alatriste. Versión cinematográfica del director Agustín Díaz Yanes de las novelas de Arturo Pérez Reverte. Con una duración de 147 minutos, estrenada el año 2006. Intentar resumir el contenido de las cinco primeras novelas de Arturo Pérez Reverte sobre el Capitán Alatriste en poco menos de dos horas y media de película es una tarea harto complicada. De no haberlas leído previamente es realmente fácil perderse en la trama. La elección de los alrededores del Monasterio de Uclés, con su campiña árida y pedregosa, tampoco fue la mejor elección para representar los verdes campos que rodean la ciudad francesa de Rocroy. Vigo Mortensen interpreta un Alatriste muy creíble, pero su acento resulta peculiar en algunos momentos de la película. El director Enrique Urbizu ha estado grabando durante el año de 2013 una serie de 13 capítulos de 70 minutos cada uno, para televisión sobre el Capitán Alatriste, que esperamos ver en breve.

Lope. Coproducción hispano-brasileña del director Andrucha Waddington, filmada en 2010, que narra la biografía de Félix Lope de Vega Carpio, y que contiene algunas escenas de la vida de Lope como militar, en particular al comienzo de la película con el desfile de las tropas desembarcadas de la expedición de las Azores.



Los Tercios y la Pintura

Comparados con su aparición en el teatro o en cine los Tercios han corrido mucha mejor suerte en su relación con la pintura barroca. Durante los siglos XVI y XVII un puñado de pintores italianos y flamencos nos han dejado una interesante colección de pinturas de batallas, con información de primera mano acerca de la iconografía de los Tercios.

Para el siglo XVI y comienzos del XVII, el real Monasterio de Escorial tiene una extensa colección de frescos y pinturas que abarcan los reinados de Felipe II y Felipe III.

La sala de batallas del Monasterio alberga una serie de nueve frescos que describen la campaña de San Quintín y dos que hacen lo propio con la expedición de las islas Azores. Giovanni Battista Castello fue el encargado de ejecutar los cuatro primeros: el *Cerco de San Quintín por el ejército de Felipe II*, la *Batalla de San Quintín*, el *Asalto y toma de la villa*, y la *Rendición del fuerte de Châtelet*. Los cuatro siguientes corrieron a cargo de Lázaro Tavarone y fueron: la *Salida del ejército de Felipe II de San Quintín hacia Hayn*, el *Asalto e incendio del castillo de Hayn*, un *Episodio de la batalla de Gravelinas*, y la *Derrota del ejército francés en Gravelinas*. Nicolo Granello se encargó de pintar las dos escenas de las expediciones de las Azores de los años 1582-1583 a cargo de Don Álvaro de Bazán.

A la mano del artista genovés Luca Cambiaso se debe otra serie de seis lienzos conmemorativos de la victoria naval de Lepanto en 1571.



El Escorial también cuenta con una serie denominada la “Guerra contra Francia”, que consta de cinco cuadros: la *Batalla de San Quintín*, el *Avance de las tropas españolas hacia Hayn después de la toma de San Quintín*, la *Rendición del fuerte de Châtelet*, el *Incendio de la villa de Hayn y toma de su castillo*, y la *Revista de las tropas españolas entre Amiens y Doulens*.

Y por último hay dos series, muy poco conocidas, dedicadas a las batallas de las guerras de Flandes, de cuya autoría solo sabemos que los artistas que las ejecutaron fueron flamencos.

La primera, de menor tamaño (aprox. 119x169 cm) está compuesta por once cuadros, que se corresponden con los siguientes hechos de armas: la *Batalla de Mook en las cercanías de Nimega* (abril de 1574), el *Cerco de Maastricht* (1579), la *Batalla en las cercanías de Ivry* (1590), el *Socorro de París por las tropas españolas al mando de Alejandro Farnesio* (1590), el *Sitio de Cambrai por las tropas españolas* (1595), la *Toma de Calais* (1596), la *Conquista de Ardres* (1596), el *Socorro de la plaza de La Esclusa por el Marqués de Spinola* (1604), la *Toma de Amberes* (1604), la *Toma de Grolla* (1606), y el *Choque de caballería en los alrededores de Bois-le-Duc* (1599). Esta serie se caracteriza por contener una cartela ovalada que permite identificar a algunos de los lugares y personajes que forman parte del cuadro. También parece que formaba parte de una serie más amplia, ya que el Museo Real de Bellas Artes de Bélgica conserva



dos pinturas de idéntico tamaño, y provistas del mismo tipo de cartela sobre el *Sito de Ostende* (1604) y la *Toma de Wachtendok* (1605).

La segunda serie la forman seis lienzos de mayor tamaño que la primera (unos 204x245 cm). Hay tres batallas que se repiten en esta serie con respecto a la anterior, que son: el *Cerco de Maastricht* (1579), el *Cerco de París* (1590), y la *Toma de Calais* (1596); los otros tres cuadros de esta serie son: el *Cerco de Grave por las tropas españolas al mando del duque de Parma* (1586), el *Socorro de Amiens por las tropas del Archiduque Alberto* (1597), la *Batalla de las dunas de Nieuport* (1600).

La trilogía de pintores flamencos que se ocuparon de pintar una gran cantidad de escenas bélicas comienza con Sebastian Vranck, que fue maestro de Pieter Snayers, que a su vez fue maestro de Adam Frans Van der Meulen. Los dos primeros trabajarían en la corte de Bruselas, pero el tercero se marcharía a trabajar a la corte de Versalles.

En el Museo de Bellas Artes de Sevilla se pueden contemplar dos cuadros que representan una batalla entre españoles y holandeses pintados por Sebastian Vranck.

El pintor flamenco Pieter Snayers tiene una gran cantidad de cuadros de diversos episodios bélicos en el Museo del Prado y en el Palacio de Viana de Córdoba. También tiene otras dos extensas series de cuadros en la colección del Museo de Bellas Artes de Bruselas y entre los fondos del Museo del Ejército de Viena.





El inventario del Museo del Prado aparecen las siguientes obras: un *Choque de Caballería*, el *Sitio de Gravelinas*, *Ataque nocturno a Lila*, *Toma de Ypres*, el *Sitio de Bois-Le-Duc* (mal identificado, ya que se trata de la batalla de Honnencourt), *Toma de Saint-Venant*, *Toma de Breda*, *Socorro de Saint-Omer*, *Asedio de Aire-sur-la-Lys*, *Socorro de la plaza de Lérida*, *Isabel Clara Eugenia en el sitio de Breda*, y *Vista caballera del sitio de Breda*. La mayoría de estos cuadros de Snayers no están expuestos al público, y permanecen reclusos en los depósitos del museo.

Más suerte hay en el Palacio de Viana en Córdoba, donde se pueden contemplar las siguientes obras de este autor: la *Batalla de Nördlingen*, la *Batalla de Saint Omer*, las *Batallas de Galoo y Verrebroek*, la *Batalla de Thionville*, el *Sitio y Batalla de Gueldres* y la *Batalla de Louvaine*.

El Museo del Ejército de Viena (el Heeresgeschichtliches Museum) alberga los siguientes cuadros de Snayers: el *Socorro de Louvain* (1639), el *Socoro de Saint Omer* (1645), el *Ataque de Grancourt cerca de Thinville* (1641), la *Fuga de Grancourt* (1641), la *Batalla de Thionville* (1642), la *Toma de Neuburg-au-Bois* (1645), el *Puesto de Bresnitz* (1648), el *Sitio de la Villa de Eimbeck* (1664), la *Batalla de Lutzen* (1642), el *Levantamiento del sitio de Freiberg en Misne* (1648), el *Incidente cerca de Munich*, el *Paso del Río Somme* (1662). La mayoría de estas tablas representan combates en los que participó el mariscal de campo Ottavio Piccolomini, por lo que es muy probable que fueran un encargo del mismo Piccolomini.

En Bruselas, en los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica (Musées Royaux des Beaux-Arts de Belgique) también hay varios cuadros de la mano de Snayers. Su inventario nos proporciona los siguientes títulos: la *Batalla de Callo*, la *Batalla de Nördlingen*, la *Batalla de Thionville*, el *Sitio de Courtrai*, la *Batalla de Stadtlohn*, la *Batalla de Praga*.

Debido a que el último componente de nuestra trilogía de pintores de batallas, Adam Frans Van der Meulen, ofreció sus servicios al rey de Francia, la mayoría de su obra pictórica sólo puede contemplarse fuera de España. De todas formas, el Museo Lázaro Galdiano de Madrid cuenta entre sus fondos con al menos un cuadro de este autor titulado *Escena de Batalla* expuesto en la sala XVII de dicho museo.

El Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro de Felipe IV llegó a albergar en su momento doce cuadros de batallas de gran tamaño, de los cuales han llegado hasta nuestros días once de ellos, siendo el más famoso *Las lanzas* o *La rendición de Breda* de Diego Velázquez. Los otros diez son: *La rendición de Juliers* y el *Socorro de Brisach* de Jusepe Leonardo; *La victoria de Fleurus*, el *Socorro de la plaza de Constanza* y *La expugnación de Rheinfelden* de Vicente Carducho, *La Defensa de Cádiz contra los ingleses*





de Zurbarán, la *Recuperación de San Juan de Puerto Rico* de Eugenio Caxes, el *Socorro de Génova* de Antonio Pereda, la *Recuperación de Bahía de todos Los Santos* de Juan Bautista Maino, y la *Recuperación de la isla de San Cristóbal* de Félix Castello.

Diego Mexia Felipez de Guzmán, primer marqués de Leganés, es uno de los pocos militares españoles que combatieron a lo largo de su vida en los cuatro principales frentes que la monarquía hispánica tuvo operativos durante el siglo XVII, fue maestre de campo en Flandes, y combatió en Milán, Cataluña y Portugal. Gran coleccionista de arte, llegó a tener más de mil lienzos en su colección privada, repartidos entre sus palacios de la calle San Bernardo en Madrid y de Morata de Tajuña. Se llegó a decir en su momento que su colección era más extensa que la del propio Felipe IV. Entre los años 1635 y 1641 fue Gobernador del Estado de Milán, y fue durante esos años cuando mandó pintar un retrato a cada uno de los maestros de campo del ejército de Milán. Los avatares de los herederos del marqués, que subastaron la mayor parte de su pinacoteca en París entre 1819 y 1820, hicieron recalar entre los fondos pictóricos del Senado español los retratos de 23 de ellos. Se pueden identificar sin ningún género de dudas a diez de ellos: los de los españoles *Don Antonio Arias Sotelo*, *Don Martín de Aragón*, y *Don Rodrigo Múgica Butrón*; los italianos *Don Carlos de la Gatta*, el *Conde Galeazo Trotii*, el *Marqués Pablo Antonio Lunati*, y el *Príncipe Reynaldo de Este*; el borgoñón *Cristóbal de Reiburt*; y los coroneles alemanes *Gil de Haes* y el *Barón de Seback*.

Más recientemente, el pintor Augusto Ferrer-Dalmau ha pintado al menos siete lienzos relacionados con los tercios: *Alférez de España*, un retrato de *Hernán Cortes* a caballo con armadura, *Caballería valona*, *Oficial del Ejército español siglo XVII*, *Segundo Tercio de Asturias* y *Rocroy, el último tercio*, pintado este último en 2011, encargo de Arturo Pérez Reverte. Por último, su gran obra dedicada al Camino Español para esta exposición.



«Pasar por Italia, navegar hasta Villafranca o Niza y desde allí ir a Turín y a Chambery en la Savoya pasando por el Mont-Cenis. De Chambery marchar siempre por tierras del duque de Saboya, descender hacia el condado de Borgoña sin acercarse a menos de cuatro leguas de la frontera con los suizos y atravesar dicho condado hasta Fontenoi, pasar el Mosela en Pont-a-Mousson para llegar a Thionville y de allí a Luxemburgo, Namur y Bruselas...».

*Descripción del camino para llegar gente de guerra a Flandes, Madrid, 1572
AGS Estado 531, f. 93*

EL CAMINO ESPAÑOL

Fernando Martínez Laínez
Escritor y especialista del Camino Español

El problema de la distancia resume la hazaña logística militar más importante de la Edad Moderna: mantener abierto el llamado Camino Español que unía Italia con los Países Bajos, donde España mantuvo una guerra que duró 80 años. Algo a lo que el historiador británico Geoffrey Parker califica de milagroso. Como escribe en su obra *El Ejército de Flandes y el Camino Español*, «es un milagro que hayan podido alguna vez llegar a los Países Bajos soldados españoles, especialmente por tierra».

Fue ese grave problema y la necesidad de enviar fuerzas a los Países Bajos lo que obligó a España a realizar el inmenso esfuerzo que hizo posible trasladar a sus soldados por los diferentes corredores militares que integraban el Camino Español en su recorrido de Italia a Flandes, lo cual suponía atravesar Europa andando de sur a norte, desde Génova hasta Namur y Bruselas.

El ejército de Flandes dependía totalmente de estos corredores militares terrestres, ya que la vía marítima desde los puertos del Cantábrico, aunque ofrecía ventajas evidentes, era también la más insegura por la hostilidad de Inglaterra, el continuo merodeo de los corsarios holandeses y hugonotes franceses y los frecuentes temporales que se tragaban escuadras enteras. Así pues, el Camino Español se convirtió en la vía esencial para seguir combatiendo en los territorios de Flandes, que en el siglo XVI incluían los actuales Estados de Bélgica, Holanda, Luxemburgo y también departamentos fronterizos del noroeste de Francia.

Para entender bien la problemática logística y la importancia vital del Camino Español hay que remontarse a la herencia que Felipe II recibe de su padre, el emperador Carlos V y rey Carlos I de España. Felipe II obtiene el Rosellón, Franco Condado, los Países Bajos, Luxemburgo, el Milanésado, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y el resto de los dominios del emperador en Europa pasan a la rama austríaca de los Habsburgo. Carlos V, como emperador Habsburgo, tenía también suficiente libertad de movimientos en todos los territorios alemanes vinculados al Sacro Imperio Romano Germánico.



El enlace entre todos estos territorios tan dispersos y alejados de España pudo hacerse con frecuencia a través de Francia, o por vía marítima, durante la mayor parte de su reinado. La clave de las comunicaciones terrestres entre España, Bruselas y Viena era Milán, ancla y cerrojo de Italia y el punto más estratégico del poder militar español en Europa.

En la década de 1560, cuando se inicia la guerra de Flandes, la gobernadora de los Países Bajos era Margarita de Parma, hija de Carlos V, que estaba asesorada por el consejero de Estado y cardenal Granvela. La situación política y religiosa se fue deteriorando paulatinamente hasta llegar a un



punto crítico en 1566. Ante el panorama de una rebelión abierta, el rey Felipe II consideró necesario el uso de la fuerza y envió un ejército español a Flandes al mando del duque de Alba.

El problema militar más inmediato para trasladar esas tropas implicaba elegir un itinerario seguro que, en circunstancias normales, debiera haber sido la vía marítima, tal como España había venido haciendo en épocas anteriores, pero esto se descartó por las razones ya mencionadas. Las relaciones con Francia e Inglaterra eran malas, y los corsarios holandeses (los “mendigos del mar”) al servicio de Guillermo de Orange, el líder de la rebelión contra España, suponían un grave peligro al controlar los puertos del norte de Flandes.

Bernardino de Mendoza, consejero de Estado que luego sería embajador en París y Londres, y combatió en Flandes a las órdenes del duque de Alba, le dijo al rey que podría seguir tres caminos: uno, por el mar; otro, por Italia y Alemania, siguiendo la ruta del Tirol; y el tercero, por Saboya y Lorena. Como bien sabía el rey, había otra solución que era atravesar Francia, lo que Mendoza desaconsejaba por razones políticas. En cuanto a la ruta marítima, tampoco era recomendable, porque la actividad corsaria y la enemistad de Inglaterra obligaban a navegar con una armada muy numerosa, lo que hacía difícil el desembarco en Flandes por los muchos puertos que ya dominaban los rebeldes.

En esas circunstancias, el mando español opta por la solución terrestre, puesto que la mayor parte de su ejército debe moverse desde España o las guarniciones del sur de Italia. Es entonces cuando el cardenal Granvela propone al duque de Alba la ruta del Camino Español, que ya tenían en mente desde 1563, cuando Felipe II pensaba viajar desde España a Flandes. Era un recorrido que partía de los puertos de Génova y Livorno hasta Milán, y desde allí pasaba por Saboya, el Franco-Condado, Alsacia y Lorena hasta entrar en Flandes. El itinerario, además, tenía la ventaja de atravesar sólo territorios aliados o pertenecientes a la monarquía española.

El rey de España era duque de Milán por herencia y gobernaba el Franco Condado como príncipe soberano. Éstos eran los dos eslabones más sólidos del Camino Español, pero además, desde comienzos del siglo XVI, España había trabajado diplomáticamente para establecer una política de alianzas con los territorios que unían el Milanésado, en el norte de Italia, con Flandes. A partir de 1528, con el apoyo a la familia Doria de Génova, quedó asegurado el apoyo de esa república, que disponía de una potente armada. Con Saboya se había formalizado una entente por el tratado de Groenendal (1559) y en cuanto a Lorena, Francia y España habían acordado la neutralidad de ese territorio, que permitía el paso libre a las tropas de cualquiera de ambas monarquías con tal de que no permanecieran en el mismo lugar más de dos noches.

El itinerario del primer Camino Español que siguió el ejército del duque de Alba en 1567, estaba formado por una cadena de puntos fijos obligados, que se denominaban “etapas militares”. En realidad se trataba de puntos de aprovisionamiento que tenían su precedente en lo que antiguamente se denominaban “staples”, lugares usados como centros de actividad comercial donde mercaderes y compradores concurrían a realizar sus transacciones y se almacenaban mercancías.

*Capitanes de los Tercios***Cristóbal de Mondragón (1504-1596)**

Hidalgo de ascendencia vizcaína. Fue uno de los mejores jefes de los Tercios, al que respetaron incluso sus enemigos por el trato humano a los vencidos. Tuvo un destacado papel en la batalla de Mühlberg (1547), al frente de un grupo de soldados españoles que vadearon el río Elba con las espadas en la boca y fueron recompensados personalmente por el emperador Carlos V. Combatió en Túnez, Provenza, Alemania y Flandes. Fue maestro de campo general, coronel de valones, gobernador de Gante y Amberes y capitán general de Brabante. Al morir, llevaba 65 años de servicio en los Tercios.

Julián Romero de Ibarrola (1518-1577)

Se alistó de soldado raso en los Tercios a los 16 años y llegó al grado de maestro de campo general y caballero de la Orden de Santiago, tras más de cuarenta años de servicio que le dejaron muchas heridas y mutilaciones. Participó en numerosas acciones de guerra en los campos de batalla de Inglaterra, Francia, Lombardía y Flandes y fue uno de los jefes del ejército del duque de Alba que hizo el primer recorrido del Camino Español. Murió víctima de un infarto en las cercanías de Cremona, Italia, cuando marchaba con su Tercio hacia Flandes.

Sancho Dávila (1523-1583)

Inició su carrera militar combatiendo con las tropas del emperador Carlos V en Alemania, Italia y contra los turcos en el norte de África. Durante la contienda de Flandes libró numerosos combates que le valieron el apodo de “Rayo de la guerra”. Fue maestro de campo de los Tercios españoles y gobernador de la ciudadela de Amberes. Mandó la caballería del ejército de Felipe II en la campaña de anexión de Portugal a la monarquía hispana, y murió en Lisboa de la herida causada por la coxa de un caballo. Sus restos fueron enterrados en Ávila, en la iglesia de San Juan Bautista.

Francisco Verdugo (1537-1586)

Durante su larga carrera militar dio abundantes pruebas de talento con las armas y como diplomático. Se enroló en los Tercios de soldado a los 19 años y combatió en Francia y Alemania. Se vinculó a la familia del general belga y gobernador de Luxemburgo, Pedro Ernesto de Mansfeld, al casarse con una hija de este. Fue gobernador de Frisia y Groninga. Murió de una enfermedad de fiebres tercianas en Luxemburgo, y allí fue enterrado en un convento de clarisas. Dejó memoria de sus acciones en Flandes en un libro que constituye uno de los mejores testimonios de esa guerra en el periodo entre 1580 y 1596.

Alejandro Farnesio (1545-1592)

Hijo del duque Octavio Farnesio y Margarita de Austria, hija natural del emperador Carlos V. Se educó en la corte de España y dedicó toda su vida al servicio de la monarquía hispana. Participó en Lepanto como lugarteniente de Juan de Austria, quien al morir le designó su sucesor como gobernador de los Países Bajos, nombramiento que el rey Felipe II confirmó. A partir de ahí, la mayor parte de su actividad bélica se concentró en Flandes, donde alcanzó el mayor triunfo al conquistar Amberes –una ciudad considerada inexpugnable– tras un largo y penoso asedio. En 1590 intervino en la guerra civil de Francia en ayuda de la Liga Católica. Falleció en Flandes a consecuencia de las heridas recibidas en combate contra los hugonotes franceses.





De acuerdo con la información que aporta Bernardino de Mendoza en sus *Comentarios a la guerra en los Países Bajos*, el ejército del duque de Alba se concentró en Alessandria y desde allí marchó a Asti, donde se reagrupó en formación de marcha. Cuando llegó a Patrino, el duque de Alba se entrevistó con el duque Filiberto Manuel de Saboya, y pasando por San Ambrosio y Avigliana, cruzó los Alpes por Mont Cenis y alcanzó Chambéry, la capital de Saboya. Después, la expedición del duque de Alba cruzó el Ródano muy cerca de Culoz, y el río Ain por la actual Neuville-sur-Ain y Pont-sur-Ain. Una vez sorteado el Ain se entró en el Franco Condado, territorio borgoñón bajo soberanía hispana, que la expedición atravesó por Montfort (actual Montfleu) cerca de Lons-le-Saunier, hasta Besançon y Dôle, y entró en Lorena por Fontenoi, al sudoeste de Epinal, y luego –siguiendo en parte el Mosela– llegó a Nancy y Metz, y desde esta última ciudad a Thionville, en Luxemburgo.

El recorrido desde Asti había durado dos meses, y había atravesado los Alpes ligúricos, los grandes Alpes (con cotas superiores a 2000 m), el macizo del Jura y la gran extensión forestal de los Vosgos.

Alojamientos

Los encargados de hospedaje de los soldados en las “etapas” repartían unos vales (billets de logement) que asignaban el número de personas y caballerías que debían acogerse en cada casa. Cuando las tropas partían, los propietarios del alojamiento presentaban los vales al recaudador local de contribuciones, que o bien las pagaba en efectivo o las descontaba de los impuestos.

Cada expedición del Camino Español era precedida de un comisario especial –enviado desde Bruselas o Milán– que negociaba el itinerario con las autoridades de los estados o ciudades de paso, y además daba el visto bueno a las etapas y los suministros. Esto último corría a cargo de asentadores, que se comprometían a entregar las vituallas en el sitio al precio convenido mediante contrato.

En las etapas también se proporcionaban los medios para transportar la impedimenta de las tropas, lo que solía hacerse en mulas y carretas. Por término medio, una compañía de infantería necesitaba disponer de 30 mulas en los pasos alpinos.

La seguridad de la tropa durante la marcha se garantizaba con las guardias y unidades de caballería ligera (lanzas y arcabuceros a caballo), que cubrían la vanguardia, la retaguardia y los flancos. El bagaje, muy valioso para el soldado, iba detrás de la vanguardia, a la cabeza del grueso de la columna.

Orden de marcha

El itinerario del primer Camino Español, seguido por el ejército del duque de Alba en 1567, estaba formado por una cadena de puntos de paso obligados. Una vez que la ruta quedó marcada, se realizaron mapas detallados sobre el terreno y se enviaron zapadores para ensanchar los caminos por el valle que sube desde Novalesa, por Ferreira, hasta el paso de Mont Cenis.

Los jefes militares utilizaban mapas para cruzar los distintos territorios, y cuando no los tenían contrataban guías locales. Además, las tropas iban precedidas de exploradores encargados de reconocer el camino y comprobar que todo estaba bien dispuesto a lo largo de la ruta. Por término medio, las tropas españolas recorrían la distancia de Milán a Namur en unas seis semanas, aunque en casos excepcionales pudo hacerse el recorrido en 32 ó 34 días. La velocidad normal de marcha solía ser de unos 20 km diarios.

El camino utilizado por el ejército del duque de Alba estuvo vigente hasta 1622, cuando el duque de Saboya firmó un tratado con Francia que prohibía el tránsito de tropas españolas por su territorio. Pero desde principios del siglo XVII el gobierno español había organizado un segundo corredor militar que partiendo de Milán llegaba a Landeck, en el Tirol austríaco, por el valle de la Valtelina. Una vez en Austria, el Camino cruzaba el Rin por Breisach, en Alsacia, y luego, por el ducado de Lorena, llegaba a los Países Bajos.

Desde el Castillo-Fortaleza de los Sforza en Milán se protegía todo el frente norte de los Alpes. Pero además, la capital milanese era la encrucijada de las rutas naturales que descienden de Suiza, Alemania y Austria por los valles del Tesino y la Valtelina, aprovechando los pasos de Lukmanier, San Bernardino, Splügen, Juliers y Albula, conocidos desde la antigüedad por los celtas y los romanos.

A todo lo largo del siglo XVI los territorios involucrados en el juego estratégico de las posesiones europeas de la monarquía española incluían el paso por Génova, un aliado fiable, dueño de Niza y de los principales puertos de desembarco en Liguria. La república genovesa había abandonado la órbita de Francia para acogerse al poder de España, y participaba además con su escuadra en el esfuerzo español contra el imperio turco.

Las tropas que seguían el Camino Español a Flandes desde España embarcaban en galeras, y podían hacerlo en puertos de poco calado o en playas, ya que la mayoría de las veces los soldados accedían a los barcos a pie, portando las armas y hatillos con los brazos en alto. El resto del bagaje se transportaba en barcas hasta las galeras, lo mismo que los avituallamientos: vino, tocino, carne salada, queso y bizcocho, que se repartían en raciones y se descontaban del sueldo.

Resultaba muy arriesgado, tanto para la seguridad de la nave como para la salud de la tropa, embarcar más de 150 hombres por galera, además de la dotación marinera normal. El hacinamiento a bordo, unido a las malas condiciones higiénicas podía originar contagios y epidemias durante la travesía. Pese a esto, la necesidad hizo que en numerosas ocasiones se embarcaran más de 200 soldados con su equipo.





El desembarco en Italia se realizaba en algún puerto genovés, por lo general Savona, Baya o Finale. Y rápidamente la tropa se dirigía al Milanesado, territorio bajo control directo de España, donde descansaba bajo techo y reponía fuerzas para emprender el Camino hasta Flandes.

Al pasar por determinadas zonas próximas a territorio enemigo, como ocurría en el macizo del Jura, por la proximidad de los calvinistas ginebrinos, o en Lorena, la tropa adoptaba formaciones tácticas que le permitían responder de inmediato a cualquier ataque. El grueso de la fuerza se dividía en dos agrupaciones. En la de vanguardia iban primero los mosqueteros en siete filas, seguidos de los arcabuceros, y detrás los piqueros formados de diez en fondo. La retaguardia alteraba el orden: primero las picas, luego los arcabuceros, y cerrando el orden de marcha, los mosqueteros. Eso permitía que al unirse los dos escuadrones los piqueros quedaran en medio, formando bloque, protegidos en todas direcciones por las armas de fuego de los arcabuceros y mosqueteros. En este caso, los abanderados (que normalmente abrían marcha) se situaban formando una hilera entre los dos bloques de piqueros.

Resultaba obligado también atender a los rezagados y enfermos, y perseguir a los desertores. La asistencia se llevaba a cabo con carros que cerraban la columna e iban recogiendo y depositando a los impedidos en puestos de socorro improvisados o en hospitales permanentes, como el de Malinas, en Flandes, o el de Alessandria, en el Milanésado. De capturar a los desertores se ocupaba el barrachel de campaña, al que acompañaban cuadrilleros a caballo.

El duro clima de las despobladas regiones alpinas causaba muchas bajas y penalidades a las tropas, que debían soportar temperaturas de muchos grados bajo cero con un equipamiento inadecuado, en especial al subir las montañas por el lado italiano de los Alpes Dolomitas. Geoffrey Parker cita casos de jóvenes bisoños que tenían que cruzar los pasos de montaña descalzos y sin sombrero, y en muchas ocasiones era preciso vivaquear al raso sobre la nieve o el barro.

Pese a las buenas relaciones con Génova, España debía solicitar un permiso especial a esa república en cada expedición, y pagar las correspondientes indemnizaciones. Las dificultades que esto originaba a España eran importantes, y el gobierno español intentó evitarlas comprando en 1590 al duque de Saboya el marquesado de Finale, en la ribera de Génova. Finale disponía de un buen puerto que permitía comunicar el mar de Liguria con el Milanésado. Además de acortar la travesía marítima desde España, evitaba el desembarco de los tercios en Génova y alteraba el trayecto por tierra. Desde Finale, las tropas atravesaban los Alpes ligúricos y el Monferrato, y llegaban a Alessandria. El ducado de Monferrato se convirtió así en un tramo inevitable para ir desde el Mediterráneo al Milanésado, lo cual provocó muchas tensiones con el duque de ese territorio, que unas veces jugaba a favor de España y otras en contra.

Desde Génova, el trayecto seguía por Saboya, que dominaba todo el Piamonte y el valle del alto Po. Durante el siglo XVI el duque Manuel Filiberto, sobrino de Carlos V, permitió sin problemas el paso de tropas españolas, lo mismo que su hijo Carlos Manuel I, casado con Catalina Micaela, hija de Felipe II, hasta pocos años antes de acabar su reinado. Mientras contó con el apoyo saboyano, España atravesó ambos lados de los Alpes, por el Monferrato, cruzando el Mont Cenis hacia Chambery, o por el valle de Aosta, atravesando el Pequeño San Bernardo hacia Annecy y las cercanías de Ginebra. Pero cuando Saboya se alió con Francia, a las tropas hispanas sólo les quedó un estrecho pasillo que discurría muy cerca de Ginebra y cruzaba el Ródano por el angosto puente de Gressin.

Lorena fue otro de los puntos claves del Camino Español. El duque soberano Carlos III, sobrino de Carlos V y pretendiente al trono francés, dio toda clase de facilidades para el tránsito de tropas hispanas, que en las guerras civiles religiosas de Francia combatieron en el bando católico. Sus sucesores hicieron lo mismo hasta que el rey francés Luis XIII se anexionó el ducado.

La Valtelina

En 1605, un nuevo obstáculo vino a añadirse al Camino Español, cuando el rey Enrique IV de Francia, en un intento de cortar la comunicación entre España y Flandes, lanzó una campaña contra el duque Carlos Manuel de Saboya, hijo de Filiberto de Saboya, para arrebatárle el principado de Saluzzo. La guerra acabó ese mismo año con el tratado de Lyon, por el que Francia reconocía al



duque su soberanía sobre Saluzzo, pero a cambio Saboya cedía a Francia el nudo territorial de Gex y Bresse, al norte del Ródano, que cortaba el paso al Franco Condado. Un hecho de gran trascendencia que causó estupor en el gobierno español, manejado entonces por el duque de Lerma, válido de Felipe III.

A partir de entonces ya no fue posible acceder al Franco Condado desde Saboya, y España debió buscar una nueva ruta por la Valtelina. Eso avivó los esfuerzos diplomáticos con los cantones suizos que mantenían comunicación con el valle del Po, como alternativa al peligro que ya se cernía sobre el Camino Español.

Las negociaciones hispano-suizas culminaron en 1587 en un tratado de ayuda mutua con los cantones católicos, que permitían el paso de tropas españolas a cambio de dinero, con la posibilidad añadida de reclutar infantería helvética mercenaria. Un acuerdo similar con los cantones obtuvo también Francia, poco después del tratado de Lyon. Fue entonces cuando el gobernador de Milán, conde de Fuentes, ante la amenaza que suponía el paso por Suiza de tropas francesas para el Milanesado, ordenó construir el fuerte que lleva su nombre en la Valtelina.

Aunque la Valtelina formaba parte del Milanesado, estaba estrechamente unida con los cantones suizos próximos, lo cual permitía a los señores Grisonos protestantes, propietarios del territorio valtelino, cortar fácilmente el paso. Por esa razón, España tuvo que ganarse la neutralidad de los Grisonos –mediante una subvención anual– para equilibrar los aportes de dinero que recibían de Francia destinados a obstaculizar el paso de las tropas españolas por la Valtelina.

El Camino Español por la Valtelina seguía el itinerario Génova, Livorno o Finale, Monferrato, Milanesado, lago de Como, fuerte de Fuentes, valle de la Valtelina, paso de Stelvio, alto Adigio, Innsbruck, orilla norte del lago de Constanza, Friburg-in-Brisgau, Breisach, Selva Negra, Estrasburgo, Vosgos y Luxemburgo. En el cruce de los Alpes Dolomitas podía seguirse también el itinerario Sondrio-Stelvio-Davos.

En 1635 los franceses emprendieron una campaña para conquistar la Valtelina, pero fracasaron, y en 1637 el duque de Rohan, cercado, decidió retirarse al no recibir refuerzos de Francia. La Valtelina quedó en manos españolas pero, durante los dos años que aún duró la guerra, Flandes quedó aislado de España. En vista de la victoria española, los cantones suizos negociaron un tratado con el virrey del Milanesado, denominado “Paz Perpetua”, firmado el 3 septiembre 1639 en Milán. El acuerdo reconocía el derecho de paso de España por el valle valtelino y admitía la libertad religiosa de los cantones.

Una vez acabada la guerra de los Treinta Años, el duque de Mantua, junto con el Monferrato, volvió a aliarse con Francia y Venecia, y el Camino Español dejó de existir con el fin de la guerra de Flandes y la paz de Westfalia en 1648, muy negativa para los intereses de España.



EN BUSCA DEL CAMINO ESPAÑOL DE LOS TERCIOS: NOTAS DE UN VIAJE

María del Carmen Vidaller Salillas
Historiadora

Salimos de Zaragoza una mañana de 26 de junio, recién estrenado el verano, en un coche también recién estrenado, cargado de mapas, documentación histórica, cámaras, carretes de fotos y dos cargadores para la digital, por si acaso. Nuestro objetivo: seguir la ruta de los Tercios de España a Flandes y encontrar las huellas que esa gesta dejó y que aún perduran en los caminos de esta vieja Europa.

No llevábamos GPS, ni siquiera un ordenador portátil. Era como si, salvando los siglos de distancia, quisiéramos estar más cerca del espíritu de aquellas gentes cuyos pasos queríamos seguir. Pensábamos que las nuevas tecnologías facilitarían nuestro viaje pero nos alejarían mucho más de las dificultades que ellos vivieron. Llevaba en mi cabeza esa frase tantas veces repetida “eso es o sería como PONER UNA PICA EN FLANDES”, sinónimo de una gran dificultad que debe superarse. Y ahora íbamos a comprobarlo.

Los contratiempos que podíamos encontrarnos en el siglo XXI se presentaron el primer día de viaje. El planteamiento inicial era no marcar etapas. Ir avanzando conforme nuestra búsqueda nos lo permitiera y alojarnos allí donde nos pillara la noche. Y he aquí que la turística Francia nos sorprendió: no había hotel, hostel o pensión libre desde el área de Pirineos hasta Montpellier. Teníamos que encontrar alojamiento con parking vigilado para el coche cargado de documentación seleccionada a conciencia. Perderla habría supuesto el fin del viaje. No faltaron las anécdotas en alguna posada que recordaba los tiempos de marcha y campamento del Ejército de Flandes. Algo que, por otra parte, añadía sabor al viaje.

En Montpellier un amable recepcionista se apiadó de nosotros y tras varias llamadas nos encontró habitación pasadas las once de la noche. Debía de ser la única que quedaba en la ciudad. Sabiamente, nos orientó hacia un lugar acogedor. El hotel era estupendo y la cena en la enorme plaza de la ciudad, que estaba en fiestas, nos animó. Esa experiencia nos hizo cambiar el plan y desde ese día marcamos las etapas y antes de salir de un hotel confirmábamos en el siguiente.

Tras la Costa Azul y los Alpes Marítimos entramos en Italia por Ventimiglia. Estábamos ya metidos en el Camino y podíamos empezar la búsqueda. Además, los italianos con su familiaridad nos transmitieron esa proximidad tan difícil de encontrar cuando sales de tu propio país.

De Turín a Ivrea, situada bajo la mayor muralla morrénica de Europa. Allí iniciamos lo que será la pauta de nuestro viaje: reconocimiento del terreno, búsqueda de pequeñas librerías locales y charla con



la gente del lugar y con librerías que nos facilitan documentación y orientan en la búsqueda. La tradición oral suele ser más fiable de lo que creemos. Y así, mientras mi marido busca por las estanterías y yo alabo la exquisitez de los helados italianos, le preguntamos a un señor si conoce algún resto de la presencia de los españoles por su ciudad. ¡Sí! Existe una calle llamada Via Della Castiglia. Y allí vamos. Está en las afueras de la ciudad, junto a un antiguo cuartel, ahora convento, y de ella sale una carretera que lleva por el valle de Aosta a los Alpes franceses. Por aquí pasaba el Camino Español, averiguamos.

Esa noche, una magnífica cena de precio modesto en una trattoria típica, a base de antipasto piemontés, nos parece un premio.

De allí subimos los Alpes y cruzamos a Francia por el Piccolo San Bernardo, donde las marmotas, bajo un sol espléndido, resurgidas de su sueño invernal, corretean alrededor de nuestro coche. Volvemos a Italia por el Mont Cenis. De allí a Milán, donde aparcamos casualmente en la calle Calderón de la Barca. La visita a la Fortaleza de los Sforza, punto neurálgico de la presencia española en Lombardía, nos acapara un día entero. Seguimos por el Lago Como y empiezan a aparecer las hordas de moteros que, bien equipados en sus excelentes máquinas, suben hasta el Paso del Stelvio como jinetes del siglo XXI.

La orografía ha cambiado y nos cuesta encontrar el Fuerte de Fuentes. Cuando nuestro empeño se ve recompensado, topamos con un cartel que anuncia: “Prohibido el paso”. Estoy decidida a saltármelo cuando aparece un guarda y mi esposo le explica que somos españoles y nos gustaría visitar el fuerte. “Adelante –le dice–. Mire lo que quiera. Esto era de ustedes”. Agoté todos los carretes fotográficos.



Seguimos por la Valtelina y nos alojamos en un hostel que más parece una casa particular, decorada con objetos y recuerdos familiares. Con toda confianza, como si fuéramos viejos conocidos, nos dan las llaves y nos dicen donde debemos dejarlas cuando nos marchemos. Este valle ha sido siempre una vía de comunicación entre Italia, Austria, Alemania y Suiza, y eso parece haber marcado la acentuada hospitalidad de sus gentes.

Atravesar los Alpes en verano no ofrece mayor dificultad que estar muy atento a las estrechas y serpenteantes carreteras, cosa que el conductor hace perfectamente, mientras yo, entre mapa y mapa puedo disfrutar a mis anchas del magnífico paisaje. “Tú no mires, que yo luego ya te cuento”, le digo. El menor despiste puede ser fatal y hay que acabar el Camino.

Y entramos en Suiza bajo la mirada circunspecta de los aduaneros que nos hacen parar un buen rato y nos piden rigurosamente la documentación. Y además, tenemos que cambiar moneda.

Pasamos a Alemania. En un café tienen colgadas fotos de soldados alemanes muertos en las dos guerras mundiales del siglo XX, como un pequeño homenaje a su memoria. Casi todas son de caras jóvenes, muchachos caídos en plena juventud. Y pienso en cuántas guerras han destrozado Europa a lo largo de la Historia ¿Seremos capaces, por fin, de vivir en paz?

Atravesamos los montes del Jura y tras mucho indagar logramos encontrar el puente de Gressin sobre el alto Ródano. “Allí abajo hay un puente que hicieron los alemanes en la II Guerra Mundial”, nos dicen unos paseantes. Seguro que sustituyó al que habían hecho los españoles trescientos años antes, pensamos. Y así era.





El Franco Condado. En Besançon nos alojamos en un hotel que lleva el nombre del emperador Carlos V, y nos asignan una habitación de cama y dimensiones verdaderamente imperiales. Al día siguiente, después de una reparadora cena, nos lanzamos a recorrer la ciudad y el castillo-fortaleza, disfrutando del paisaje, recogiendo documentación y encontrando huellas de una historia compartida, pues el Franco Condado fue territorio de la monarquía hispana hasta finales del siglo XVII. Después de Besançon, Alsacia y Alemania, y de nuevo en Francia.

Pasamos por Rocroi y recorreremos lo que fue el campo de batalla que tan adversa suerte trajo a los tercios. Un pequeño monumento recuerda la acción de guerra. Nuestros vecinos franceses saben recordar a sus muertos y destacar sus gestas, eliminando lo negativo, y hacen bien, todo lo contrario que los españoles, que solemos ser los peores críticos de nosotros mismos. En el pueblo hay un museo que recuerda y recrea la batalla. En la entrada hay dos maniqués, uno con el uniforme del ejército francés y otro con el de los tercios. Las explicaciones son en francés, inglés, alemán e italiano. Le pido a la recepcionista "le livre, s'il vous plait, madame". Y ante la mirada extrañada de la señora estampo mi queja a doble página por lo que considero una falta de consideración a los protagonistas de la batalla al no incluir el idioma español en el museo.

Luxemburgo nos acogió con 6 grados de temperatura en el mes de julio. La Plaza de Armas, la calle Felipe II... Hay vestigios de la época de los tercios por todas partes, en esta ciudad fortaleza de Flandes que se mantuvo durante mucho tiempo leal a España, y donde acabó sus días el afamado jefe de los tercios Francisco Verdugo.

Y llegamos a Namur, la ciudad en la que murió don Juan de Austria y dejó enterrado su corazón en una urna. La impresionante fortaleza sobre el Mosa domina la ciudad desde una cima. Tras dejar el coche en el aparcamiento nos adentramos por los pasadizos de la fortificación y unos cañonazos me hacen temblar. ¿Será que he retrocedido en el tiempo y estoy en el siglo XVII? Falsa alarma. Es solo una recreación histórica y los uniformes corresponden al siglo XVIII. Grupos de gente vestidos



con indumentaria del siglo XVIII que simulan desfiles y combates y disparan con pólvora de fogueo. Todo muy bien ejecutado ante un público curioso que aplaude el espectáculo.

Estamos en una de las últimas etapas del Camino Español en Flandes. Hemos alcanzado nuestro objetivo. De este viaje saldrá un libro que mis fotos ilustrarán. Y, obedeciendo a un impulso, de la guantera del coche saco una navaja albaceteña y la clavo en un repecho de tierra a los pies de la muralla. Mi marido me mira sin entender que es lo que estoy haciendo. “He puesto una pica en Flandes”, le digo.

España, Italia, Francia, Austria, Alemania, Suiza, Luxemburgo, Bélgica. Hemos entrado y salido de esos países continuamente durante quince días. Excepto en Suiza, solo los letreros en diferente idioma nos indicaban que habíamos cambiado de país. La ausencia de fronteras aduaneras, y sobre todo la moneda común, nos facilitaron enormemente las cosas. Dejé de añorar las antiguas pesetas para siempre y me reconcilié definitivamente con el euro. ¡Cuánto tiempo y dinero hubiéramos perdido teniendo que cambiar continuamente de moneda!

A lo largo del viaje he intentado imaginar a aquellos soldados, cargados con su impedimenta, a veces mal vestidos y peor alimentados, para ir a enfrentarse en el campo de batalla con el enemigo. Ellos marcaron caminos y cruzaron fronteras; el frío o el hambre no los detuvieron, y dejaron su rastro en una Europa convulsionada por la guerra. Entre ellos había gentes de todo tipo y condición. Sus ilusiones, temores y anhelos quedaron como fantasmas en estas viejas rutas que, dominadas por unos o por otros, siguen atravesando y uniendo países y personas tan distintas como semejantes. Todos somos Europa y lo hemos sido siempre. A ella nos debemos. Ojalá esos intereses económicos que dieron origen a la Unión Europea fragüen en el mejor conocimiento de todo lo que compartimos.

Los caminos sirven para unir pueblos y ciudades, países y paisajes. Los caminos históricos además unen a las gentes, las que caminaron en el pasado dejando su huella y las que lo siguen haciendo o lo harán en el futuro. Ese es el espíritu que marcó para la posteridad el Camino Español, en sus diferentes rutas, como un ejemplo de anhelo compartido y compañerismo entre gente de muy distinta procedencia en el corazón de Europa.



Bibliografía reciente sobre los Tercios

Desde que Carlos Montuenga publicara en 1984 en los Cuadernos de Uniformología de Ediciones Barreira su libro *Los Tercios Españoles* la bibliografía disponible sobre el tema se ha ido incrementando lenta pero inexorablemente. Aún a riesgo de dejarnos en el tintero algún autor, por lo cual le pedimos disculpas por adelantado, intentaremos repasar algunos de los que han llegado a nuestras manos.

En 1989, un año después del 400 aniversario de la llamada por los ingleses Armada Invencible, la Editorial Naval publica la colección de diez libros *Gran Armada* para conmemorar este evento. Dos de ellos tienen relación directa con los Tercios: *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra* (1588) de Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, y *Los tercios de la Gran Armada* (1587-1588) de Manuel Gracia Rivas.

En 1995 Enrique García Hernán publica *La Armada española en la monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo* en Ediciones Tempo. En 2003 este mismo autor pone en circulación *Milicia General en la edad moderna. El batallón de don Rafael de la Barreda y Figueroa* publicado por el Ministerio de Defensa. Y en 2013 edita el libro *The battle of Kinsale. Study and documents from the Spanish Archives* coeditado por la Editorial Albatros y el Ministerio de Defensa.

En 1996 la Universidad de Lovaina publica el libro de Bernardo José García García *La Pax Hispánica. Política exterior del Duque de Lerma*, en su colección "Avisos de Flandes".

En 1999 aparece el libro *Tercios de Flandes* de Juan Giménez Martín en Ediciones Falcata Ibérica, en el cual el autor relata los hechos ocurridos a nuestros Tercios en Flandes desde la muerte del emperador Carlos hasta la firma de la tregua de los doce años (1609), basando su relato en cuatro fuentes primarias contemporáneas: las de Bernardino de Mendoza, Carlos Coloma, Guido Bentivoglio y Famiano Estrada.

También en 1999 el diplomático Julio Albi de la Cuesta publica su ensayo *De Pavía a Rocroi. Los tercios de Infantería española en los siglos XVI y XVII* puesto en circulación por Balkan Editores.

En 2001 aparece el libro *Los tercios en las campañas del Mediterráneo. Siglo XVI (Italia)* de Eduardo de Mesa Gallego, publicado por Almena. Este mismo autor edita en esta misma editorial *Los Tercios en las campañas del Mediterráneo. Siglo XVI (Norte de África)* en 2002, *Nordlingen 1634, victoria decisiva de los tercios* en 2003, *La batalla de San Quintín 1577* en 2004; y en 2009, publicado esta vez por el Ministerio de Defensa, *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*.

En 2002 la Editorial Actas publica el libro de Luis Ribot *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*.

Ese mismo año Alicia Esteban Estríngana escribe el libro titulado *Guerra y Finanzas en los Países Bajos Católicos. De Farnesio a Spinola (1592-1630)* en Ediciones del Laberinto. Y en 2005 la Universidad de Lovaina publica otro libro suyo que llevó por título *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal (1621-1634)* en su colección "Avisos de Flandes"

Fernando Martínez Laínez ha publicado en la editorial EDAF *Tercios de España. La infantería legendaria* (2006) y *El Gran Capitán. Gonzalo Fernández de Córdoba* (2008), ambas en coautoría con el general Sánchez de Toca. Otras obras de Martínez Laínez en la misma editorial son *Una pica en Flandes. La epopeya del Camino Español* (2007), *La guerra del Turco. España contra el imperio Otomano. El choque de dos gigantes* (2010), *Pisando fuerte. Los tercios de España y el Camino Español* (2012) y *Aceros rotos* (2013), primera parte de una trilogía sobre personajes heroicos de la época de los tercios. Otro de sus libros, publicado en Espasa y en el que se recogen señaladas victorias españolas en los siglos XVI y XVII, es *Vientos de gloria* (2011).

Incluso el Camino Español ha sido objeto de un ensayo, obra de la pluma de Luis Reyes Blanc, publicado por RD Editores en 2006.

Ese mismo año el profesor de música y director de orquesta argentino Mario Díaz Gavier, afincado en Alemania, comenzó a publicar libros con Almena, entre ellos *Rocroy, 1643. El ocaso de los Tercios; Breda 1625. El duelo final entre Spínola y Nassau; Pavia 1525. La tumba de la nobleza francesa; Bicoca 1522. La primera victoria de Carlos V en Italia y Mühlberg 1547. El apogeo de Carlos V.*

También en 2006 la editorial La Espada y La Pluma pone en circulación el libro de Giancarlo Boeri, José Luis Mirecki Quintero y José Palau Cuñat titulado *Los Tercios de Carlos II durante la Guerra de los Nueve Años (1689-1697). Tomo I: España y África.*

En 2007 el Ministerio de Defensa publica la obra de Antonio José Rodríguez Hernández *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668)*, que había obtenido el Premio Ejército de Humanidades el año anterior. En el mismo caso encontramos en 2010 a Carlos Belloso Martín con su libro *La antemuralla de la monarquía. Los Tercios españoles en el Reino de Sicilia en el siglo XVI*, nuevamente Premio Ejército de Humanidades el año anterior. Antonio José Rodríguez Hernández edita en 2011 *Los Tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)* en la Editorial Castilla.

En 2008 Enrique Martínez Ruiz edita en la Editorial Actas su voluminosa obra titulada *Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700).*

En 2010 la editorial Almena publica el libro *Gravelinas 1558. Los Tercios de Felipe II conquistan la supremacía continental* escrito por Alberto Raúl Esteban Ribas; este mismo autor publica en 2012, en la misma editorial la *Batalla de la Montaña Blanca 1620*, y en 2013 *La batalla de Fleurus 1622*, también en Almena. Y en 2013, compartiendo autoría con Tomás San Clemente aparece el libro *La Batalla de Kinsale. La Expedición de Juan del Águila a Irlanda (1601-1602).*

También en 2010 la editorial Sátrapa Ediciones pone en circulación el libro *El ejército de Alsacia. Intervención española en el alto Rin 1633-1634.*

En 2012 Eduardo Ruiz de Burgos Moreno vio publicada *La difícil herencia*, la primera parte de las batallas de la época de Felipe III (1599-1608) en la editorial Edaf; en 2013 esta misma editorial puso en circulación la segunda parte de *Pax Hispánica* con las batallas de los años comprendidos entre 1609 y 1618.

Hemos tenido que esperar a 2012 para que la prestigiosa editorial inglesa Osprey publicara su primer libro sobre los Tercios *The Spanish Tercios 1536-1704*. Incluso el mercado francés ha visto editados varios títulos sobre los Tercios: en 2005 Bertrand Jeanmougin publica *Louis XIV à la Conquête des Pays-Bas Espagnols. La guerre oubliée 1678-1684*; en 2010 aparece la obra de Pierre Picouet titulada *Les Tercios Espagnols 1600-1660*; en 2012 se publica el libro de Stéphane Thion llamado *La Bataille d'Avins. 20 Mai 1635*; y por último en 2013 se pone en circulación otro libro de Stéphane Thion titulado *Rocroy 1643. La Victoire de la Jeunesse*.

Muchos han sido los congresos que han tocado de forma periférica el tema de los Tercios, pero hay uno que destaca entre todos ellos. Se trata del Congreso de Historia Militar titulado *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, que se desarrolló en Madrid entre el 9 y el 12 de marzo de 2005, cuyas actas editadas por Enrique García Hernán y Davide Maffi fueron publicadas por Ediciones del Laberinto en 2006 en dos grandes volúmenes que contienen sus 61 ponencias y algunos artículos invitados. Este trabajo se ha convertido en obra de referencia para los estudiosos de los Tercios. El mismo camino lleva el último volumen de la Historia Militar de España titulado *Edad Moderna II. Escenario europeo* coordinado por Luis Ribot y publicado por el Ministerio de Defensa en 2013.

También hoy en día es posible conseguir con la opción de impresión bajo demanda, muchos de los textos clásicos que sobre los Tercios se publicaron en los siglos XVI y XVII. Un ejemplo reciente sería el libro de Don Diego Aedo y Gallart titulado *El Memorable y glorioso viaje del infante Cardenal Don Fernando de Austria* publicado originalmente en Amberes en 1635 y reeditado por Kessinger en 2009. En edición facsimilar, el Instituto Nacional de Administración Pública ha reeditado la edición de 1687 de *Las Guerras de Flandes* del Cardenal Bentivoglio.

Por último destacar la excelente labor que el Ministerio de Defensa viene realizando en su Colección Clásicos reeditando obras sobre la orgánica de los Tercios. Entre los múltiples títulos que componen la colección podemos citar los siguientes: en 1989 el *Espejo y disciplina militar* de Francisco de Valdés, con prólogo a cargo de Joaquín Rodríguez Arzua; en 1990 el *Tratado de la artillería y de fortificación* de Cristóbal Lechuga, con Prólogo de Epifanio Borreguero; en 1991 el *Cuerpo enfermo de la milicia española* de Marcos de Isaba, con introducción a cargo de Enrique Martínez Ruiz; en 1992 el *Dialogo de la verdadera honra militar* de Jerónimo de Urrea, con prólogo de Domingo Yndurain; también en 1992 el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* de Sancho de Londoño; en 1993 el *Perfecto Capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería* de Diego de Álava y Viamont; en 1998 *Teoría y practica de la guerra* de Bernardino de Mendoza, con estudio preliminar de Juan Antonio Sánchez Belén; en 2000 *Tratado de Re Militari* de Diego de Salazar, con estudio introductorio de Eva Botella Ondinas; también en 2000 *Discurso y regla militar* de Martín de Eguiluz, con estudio preliminar de Francisco Andújar Castillo; en 2002 *Diálogos del Arte Militar* de Bernardino

de Escalante, con estudio preliminar y crítico de Raquel Martín Polín; en 2003 los *Diálogos Militares* de Diego García de Palacio, con estudio preliminar de Laura Manzano Baeza; también en 2003 *Diálogos de la vida del soldado* de Diego Núñez Alba, editado por Ignacio María Vicent López; también en 2003 la *Teórica, práctica y ejemplos* de Bernardino Barroso, con edición crítica de Antonio Espino López; en 2004 el *Excelencias del Arte Militar y Varones Ilustres* de Francisco Dávila Orejón, con edición crítica de Margarita Eva Rodríguez García; también en 2004 el *Sumario de la milicia antigua y moderna* de Cristóbal de Rojas, editado por Beatriz Alonso Acero; en 2006 el *Los soldados de la guardia* de Pedro de la Puente, editado por Fernando Chavarría Múgica; en 2008 el *Discurso Militar del Marqués de Aytona*, editado por Eduardo de Mesa; en 2013 la *Instrucción y regimiento de guerra* de Diego Montes, con prólogo de Enrique García Hernán y estudio preliminar y edición de Hugo Vázquez Bravo.

Procedencia de las imágenes

- p.6 Boceto de Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.8 Boceto de Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.12 *Album de la Infantería española*, Conde de Clonard. Biblioteca Central Militar.
 p.14 *Carlos V en Mühlberg*, Tiziano. Museo Nacional del Prado.
 p.17 *Piquero del 2º Tercio de Asturias*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.18 *Oficial de Caballería (Guerra de los Treinta Años)*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.19 *Oficial del Ejército español (siglo XVII)*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.22 *Tratado Militar*. Juan de Medina (pp. 130-131 y 136-137). Biblioteca Nacional de España.
 p.24 *Tratado Militar*. Juan de Medina (pp. 154-155). Biblioteca Nacional de España.
 p.26 *Felipe II*, Antonio Moro. Monasterio San Lorenzo de El Escorial.
 p.27 *El sitio de Maastricht*, Anónimo. Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
 p.29 *El sitio de Breda*, Pieter Snayers. Museo Nacional del Prado.
 p.30 Detalle de *Rocroi, el último Tercio*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.31 *Socorro de la plaza de Constanza*, Vicente Carducho. Museo Nacional del Prado.
 p.32 Carteles de *El alcalde de Zalamea* y *La kermesse heroica*, y portadas de *El Capitán Alatriste*, de Pérez-Reverte, y *Contad los muertos*, de Luis Felipe Ragel.
 p.36 Boceto de *El Camino Español*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.37 *Batalla de San Quintín*, Giovanni Battista Castello. Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
 p.38 *Asedio de Aire-sur-la-Lys*, Pieter Snayers. Museo Nacional del Prado.
 p.39 *El sitio de Bois-le-Duc*, Pieter Snayers. Museo Nacional del Prado.
 p.40 *La rendición de Breda o Las lanzas*, Diego Velázquez. Museo Nacional del Prado.
 p.41 *La rendición de Juliers*, Jusepe Leonardo. Museo Nacional del Prado.
 p.42 Autor del mapa: Ricardo Sánchez. En *Una pica en Flandes*, EDAF, 2007.
 p.44 Autor del mapa: Ricardo Sánchez. En *Una pica en Flandes*, EDAF, 2007.
 p.47 *Traiecti expugnatio anno 1579*, Jons Miele.
 p.49 *De Stadt Grave, door den Prins van Parma, in den Jaare 1586*, Jan Luyken.
 p.52 Detalle de *El Camino Español*, Augusto Ferrer-Dalmau.
 p.54 Castillo de Sforza, Milán. Foto: María del Carmen Vidaller Salillas.
 p.55 Paso de Stelvio. Foto: María del Carmen Vidaller Salillas.
 p.56 Calle de Felipe II en Luxemburgo. Foto: María del Carmen Vidaller Salillas.
 p.57 Namur. Foto: María del Carmen Vidaller Salillas.
 p.58 Detalle de *Rocroi, el último Tercio*, Augusto Ferrer-Dalmau.

Fuentes primarias impresas

- ANÓNIMO. *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo*. Amberes, 1646.
- AEDO Y GALLART, Diego de. *El memorable y glorioso Viaje del Cardenal Infante D. Fernando de Austria (1635)*. Madrid, 1637.
- ALAVA Y VIAMONT, Diego de. *El perfecto Capitán*. Madrid, 1590.
- ALBA, Fernando Álvarez de Toledo, duque de, 1508-1582. *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo [por el] duque de Alba*. Madrid, 1952. 3 tomos.
- AYTONA, Marqués de. *Discurso militar*. Valencia, 1653. Madrid, 2008.
- BARROSO, Bernardino. *Teórica, práctica y ejemplos*. Milán: s. f.
- BASTA, Giorgio. *El gobierno de la caballería ligera*. Bruselas, 1624
- BENTIVOGLIO, Guido. *Guerra de Flandes*. Madrid, 1643.
- CARNERO, Antonio. *Historia de las Guerras Civiles que ha habido en los Estados de Flandes desde el año 1559 hasta el de 1609, y las causas de la rebelión de dichos Estados*. Bruselas, 1625.
- COLOMA, Carlos. *Las Guerras de los Estados Bajos*. Cambray, 1622.
- CONTRERAS, Alonso de. *Vida del Capitán Alonso de Contreras*. Madrid, 1956.
- CORNEJO, Pedro. *Sumario de las Guerras y causas de la rebelión de Flandes*. Lyon, 1577.
- DÁVILA OREJÓN, Francisco. *Excelencias del Arte Militar y Varones Ilustres*. Madrid, 1683.
- EGUILUZ, Martín de. *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz*. Amberes, 1595.
- ESCALANTE, Bernardino. *Diálogos del arte militar*. Bruselas, 1595.
- GARCÍA DE PALACIO, Diego. *Diálogos militares*. Madrid, 1944.
- GIUSTINIANO, Pompeo. *Della Guerra de Fiandra*. Amberes, 1609.
- HUGO, Hermann. *Sitio de Breda*. Antuerpiae, 1627.
- ISABA, Marcos de. *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid, 1594.
- LANARIO Y ARAGÓN, Francisco. *Las Guerras de Flandes, desde el año 1559 hasta el 1609*. Madrid, 1623
- LECHUGA, Cristóbal. *Discurso en que se trata del cargo de maestro de campo general y de todo lo que de derecho le toca en el exercito*. Milán, 1603.
- LONDOÑO, Sancho de. *Comentario de lo ocurrido en los Países Bajos en 1568*. Gravenhague, 1892.
- MENDOZA, Bernardino. *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los países bajos, desde el año 1576 hasta el de 1577*. Madrid, 1948.
- MEDINA, Juan de. *Tratado Militar*. Milán, 1650.
- MONLUC, Blaise de. *Commentaires*. Paris, 1971
- MONTES, Diego. *Instrucción y regimiento de guerra*. Madrid, 2013.
- NÚÑEZ ALBA, Diego. *Diálogos de la vida de un soldado*. Madrid, 1890
- PALENCIA, Alonso de. *Tratado de la perfección del triunfo militar*. Madrid, 1876.
- PASAMONTE, Jerónimo de. *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. Madrid, 1956
- RIO, Martín Antonio del. *Mémoires sur les Troubles des Pays-Bas*. Bruselas 1869-1871. 3 Volumenes
- ROJAS, Cristóbal de. *Sumario de la milicia antigua y moderna*. Madrid, 1607.
- SALAZAR, Diego de. *Tratado de Re Militari*. Alcalá de Henares, 1536.
- VALDÉS, Francisco de. *Espejo y disciplina militar*. Bruselas, 1596.
- VERDUGO, Francisco. *Comentario de la guerra de Frisa en XIII años que fue gobernador y Capitán general de aquel estado y exercito por el rey D. Phelippe II*. Bruselas, 1899.

